Saloncillo

HN Foll. C= 242-15
HNB 12048
HEMEROTECA NACIONAL

Maria Guerrero Lopez

50 CTS

Biblioteca Nacional de España

ESPECTÁCULOS DE MADRID

Elijan ustedes...

CÓMICO
CARMEN DIAZ
LA RISA
De S. y J. ALVAREZ QUINTERO

ESLAVA
Tú, gitano, y yo, gitana
De Antonio Casas y Bricio
Creación de NINÍ MONTIÁN

ROYALTY
Grandioso programa
SATANÁS, y
Caballeros rústicos

RIALTO
EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA

LARA
Todos los días
Memorias de un madrileño
Del insigne BENAVENTE

ROMEA
ÉXITO INMENSO
LAS CHICAS DEL "RING"
PRONTO
Las vampiresas

CHUECA
Compañía LORETO - CHICOTE
LOS PELLIZCOS

MARAVILLAS
Gran Compañía de Revistas
Celia Gámez

BENAVENTE
Milagros LEAL y José ISBERT en
¡Arriba!
Comedia humorística de Gutiérrez Nava
¡¡¡ÉXITO ROTUNDO!!!

CINEMA BILBAO
La mujer constante
Leila HYAMS y Conrad NAGEL

MARTIN
Las de los ojos en blanco
ÉXITO INDESCRIPTIBLE
La mejor partitura del maestro ALONSO

ZARZUELA
TARDES
LUNA DE MAYO
Fastuosa opereta de ROSILLO
NOCHES
La casa de las tres muchachas
ÉXITO SIN IGUAL

PALACIO DE LA MÚSICA
LA REINA CRISTINA DE SUECIA
(En español)

PROGRESO
Fruta verde
(Por FRANCISKA GAAL)

CELIA GÁMEZ
La mejor "vedette"
VÉALA USTED EN
MARAVILLAS
LOS INSEPARABLES
De Blanco y Lapena - ÉXITO ÚNICO

IDEAL
Magnífica Compañía de Zarzuelas
RENOVACION DIARIA DEL CARTEL

LATINA
HOY, el grandioso film
Tempestad al amanecer
(Hablada en español)

FONTALBA
L. de Guevara-Rivelles
FELIPE DERBLAY

MARÍA ISABEL
LA EME
Lo más gracioso de MUÑOZ SECA
120 representaciones

BARCELÓ
LA TRAVIESA MOLINERA
GRAN FILM NACIONAL

PRICE
GRAN COMPAÑÍA DE CIRCO
LOS MÁS ATRAYENTES NÚMEROS DE EUROPA

ZARZUELA
LA CASA DE LAS TRES MUCHACHAS
EXITO ENORME

CÓMICO
CARMEN DIAZ
GRAN COMPAÑÍA DE COMEDIAS

COMEDIA
Gran éxito cómico
MENOS LOBOS...

COLISEUM
Éxito apoteósico
LA MENTIRA MAYOR
Libro de Sevilla y Reoyo
Música de GUERRERO

HEMEROTECA MADRID

Biblioteca Nacional de España

AÑO I — Madrid, 22 de Noviembre de 1934 — NÚM. 1

Saloncillo

REVISTA SEMANAL DE TEATROS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PLAZA DE CÁNOVAS, 4, ENTLO.
TELÉFONO 21557. - MADRID

DIRECTOR HONORARIO: JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

Nuevo ejemplar publicado

«SALONCILLO»

HEMEROTECA NACIONAL

Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse.—CERVANTES.

Si las cosas han de llevar un nombre en relación con su naturaleza o con su espíritu, ni con un candil de cuatro mecheros encontraríamos otro más apropiado que el de SALONCILLO para esta Revista. Este nombre de SALONCILLO nos parece a nosotros, como a Don Quijote el de Dulcinea, músico y peregrino y significativo, y por significativo, oportuno e insustituíble. Porque solamente pretendemos que sean estas páginas como unas horas de ameno divagar en el saloncillo de un teatro.

El saloncillo de autores de un teatro no es ni más ni menos que un rincón de él, donde los de la casa discurren con la farándula, de la casa también, naturalmente, que a su vez descansa charlando, entre escena y escena, de la cotidiana labor. Tan indispensable es el saloncillo, que si no existe en algún coliseo lugar adrede y determinado, se forma la tertulia en el cuarto de la primera actriz o del primer actor, o en la Dirección o en la Contaduría. Al saloncillo acuden cuantos trabajan en la obra que se representa y cuantos, de lejos o de cerca, mariposean a su alrededor, ya por comunidad de intereses, ya por afición a sus personas, ya por simpatía de su arte. Tiempo atrás, en algunos de ellos era la reunión sólo de hombres—¡qué aburrimiento!—; pero ya hoy se ha abolido tan sosa y lamentable costumbre, y acuden ellas, pan y miel de la vida, a conversar con ellos; con lo que se consigue, sobre el encanto de contemplarlas, el que las conversaciones, muchas veces alegres y libres, se suavicen y se moderen. Palique es el del saloncillo vivo, fugaz, desordenado, incoherente, liviano o substancioso, grave o picante, que plantea y desarrolla el azar: ya el recién llegado a la reunión, o el que se va de ella; ya el lance que surge en la representación del momento—tropezón, *camelo*, sustitución de papeles, etc., etc.—; ya el rumor o el humor del día...

En el saloncillo se habla de lo divino y de lo humano, sobre todo si lo uno y lo otro tienen que ver y se rozan con la vida de la carátula y sus pintorescos aledaños. Se prejuzga el próximo acontecimiento; se comenta, cada cual con su vino, claro es, el reciente fracaso; se ponderan los nervios del pasado estreno; se saca partido del traje de una actriz o de la afonía de una tiple, que se prolonga más de la cuenta... Surge la anécdota retrospectiva, evocada por algún veterano autor o un viejo comediante—crónicas vivientes—, o el chisme actual, calentito aún, recién salido del horno de la maledicencia. Y como actrices y actores se hallan caracterizados para la obra que representan, son de ver y apreciar los preciosos contrastes a que esto da ocasión; que casos hay en que una *aldeana*, de mandil y zuecos, habla de los bulevares de París, y de cómo se viaja en los trasatlánticos italianos; y un *fraile de la Merced* cuenta desenfadadamente que anda loco por una planchadora de la calle de Fuencarral; y un *obispo* discute de toros, y una *monja* narra un sucedido que pica que rabia; y un *Comendador de Calatrava*, con gorguera y espada al cinto, dice que le han sentado como un tiro unas judías estofadas de Casa de Parrita. ...«¡Que un hombre de mi linaje.,.!» Y hay primer actor que empieza un cuento, lo llaman a escena, y se va a representar una en que arde de celos por su esposa, y conmueve a la multitud o le pone los pelos de punta... y torna al saloncillo al cuarto de hora, y acaba, entre grandes risotadas, el chascarrillo comenzado.

A veces la charla se enciende, las palabras se enconan, la discusión se cambia en disputa y... entra el segundo apunte, consternado, y dice:

—¡Más bajo, por Dios! ¡Que se oye en la sala!

Y todos reprimen su cólera y bajan instintivamente la voz, dando clara señal de que existe un señor de campanillas a quien no se puede incomodar, ni mucho menos alzar el gallo: el público.

No todos los saloncillos se parecen, como no se asemejan todos los teatros: unos y otros tienen muy distinto color, aire y acento. Nosotros, los escasos redactores y los muchísimos colaboradores de este semanario, tomaremos de entre todos los que frecuentamos lo mejor de ellos, lo más entretenido e interesante y lo de más fino gusto y apariencia; lo más digno, en fin, de quien esperamos el favor y el aplauso.

Pero sucede en todos estos lugares de solaz, por distintos que sean, una escena que se repite con frecuencia harto lamentable. No una ni dos, sino muchas tardes o noches de la temporada, aparece, papel en mano, un actor o una actriz, o el apuntador o el traspunte, a *echar un guante* para un compañero desvalido o enfermo. Pues bien: acaso de la repetición de este hecho, del que en muchas ocasiones hemos sido propulsores o víctimas, recibimos inspiración para que saliese SALONCILLO a la calle. Porque nace esta Revista—cuya vida prolonguen Dios y el público muchos años—, porque nació antes que ella el Montepío de Autores Españoles. Y fué nuestro primer propósito, al darle forma y ser, el de ayudar con ella a la Caja social de la simpática Institución, bien conocida y estimada de cuantos con los autores conviven. Y así, de todo beneficio, ganancia o premio de SALONCILLO, irá una buena parte a los fondos caritativos del Montepío.

Y con esto, y con un saludo de sincero y cordial compañerismo a la Prensa de la derecha, de la izquierda, del centro, de arriba y de abajo, te invitamos, lectora bella y lector amable, a que, semanalmente, asomes por nuestro flamante SALONCILLO a echar con nosotros un rato de parleta.

¿Hasta el jueves que viene?

(Dibujos de Penagos)

Biblioteca Nacional de España

Entrevistas de "Saloncillo"

LA VIDA ACTUAL DE

LEOCADIA ALBA

LEJOS DE LA ESCENA

Treinta y cuatro años en Lara.—De los Quintero a los Quintero.—«Sólo en un caso volvería al teatro»

Marcharse y volver

Es la hora de los regresos. Es difícil, realmente, no volver al sitio que alguna vez formó parte de la vida propia. No valen entereza de ánimo, firmeza de conducta ni propósito decidido. Cuando más descuidado se está, algo, de pronto, obliga a volver la vista atrás, hacia una hora distante. Y una emoción honda llena el espíritu. El corazón se ha traicionado a sí mismo, y allá va, fervoroso, rumbo a lo que fué su gozo de otro tiempo. «Lo que está lejos de la vida y es, sin embargo, la vida verdadera», escribió el maestro Benavente.

Hora de los regresos. En los carteles de toros y de teatros, nombres de ídolos de ayer. Belmonte, que se retiró, ha vuelto a torear. Sagi-Barba, que se despidió del público, canta de nuevo. Quizá, a veces, en esto de volver haya una melancólica y callada razón de necesidad. Pero otras muchas veces no es la necesidad, sino la voz ardiente del recuerdo feliz la que lleva a volver.

Como partir es morir un poco, retirarse de la escena, marchar de lo que fué vida propia durante mucho tiempo, debe de ser también un poco morir. ¿Siente este dolor el artista de teatro que un día ve cómo las horas en torno suyo no tienen la emoción y el color de antes? ¿Prescinde con facilidad de ese veneno gozoso de los bastidores y del saloncillo y de la luz de la batería? ¿No pasa muchas veces por su frente el viento entristecido de la nostalgia?

He aquí a Leocadia Alba. Sería pueril su presentación. Es toda una figura y todo un capítulo de la historia de nuestro teatro contemporáneo. Un día, hace año y medio, puso punto final a su vida de actriz. Ella, ahora, desde sus nuevas horas de artista retirada, puede dar una respuesta a aquellas preguntas. Puede hablar de sus nostalgias, y del contraste de los días de entonces con los actuales días, y de aquella voz ardiente que una vez, traicionando todo buen propósito, obliga a volver.

Razón de una retirada

—¿Nostalgia? ¿Tirón de la escena cuando ya no se está en ella? Sí. No lo puedo negar. El teatro puede mucho. La verdad es que puede cuanto se incorpora con fuerza a nuestra vida. Y mi vida ha sido siempre el teatro. Me he dado a él íntegramente, sin reservas, con toda mi alma. Hay quien hace compatible el teatro con otras aficiones, con tertulias, con quehaceres. Hay quien pone todo su esfuerzo en una obra; pero después, en otras, cede ya en entusiasmo. Yo, en cambio, fuí siempre la misma. Puse en mi trabajo cuanto tenía, y la escena fué mi única obsesión.

—Entonces le costaría a usted abandonar su vida de teatro.

—Sí. Estaban, como es natural, muy dentro de mí aquellos años de labor. Pero yo me sentía estas últimas temporadas cansada, rendida. Sobre todo, mi memoria era cada vez peor. Lo notaba día por día. Y era horrible. Esa sensación de estar en escena y sentir que de pronto se borran las palabras y que el pensamiento está como en el vacío. Es verdaderamente angustioso ese momento interminable en que uno quisiera desaparecer, hundirse.

—¿Tenía usted antes buena memoria para aprender sus papeles?

—Sí. Sobre todo tenía una gran fuerza de voluntad. Salía siempre con mi papel aprendido concienzudamente. Ya conoce usted aquello de «a papel sabido no hay cómico malo». Aquel cansancio y esta pérdida de la memoria me hicieron pensar cada vez con más insistencia en la retirada. Hasta que un día un hecho me decidió a ello definitivamente.

En el estreno de «Lo que hablan las mujeres»

Hay en la estancia en que charlamos una paz y un espíritu de hogar tranquilo y burgués. Un piano cerca del balcón, y en las paredes y sobre los muebles, retratos y retratos, casi todos con aire de otro tiempo. Sobre la habitación, la sombra del Madrid tranquilo de 1910.

—Fué en el estreno de *Lo que hablan las mujeres*, de los Quintero, hace dos temporadas. En el primer acto de la obra hubo un momento en que las frases de mi papel se me fueron totalmente del pensamiento. Mi memoria no respondía. Intenté entonces sustituir con algunas palabras mías aquel fallo. Inútil. No podía pensar ni recordar. No escuchaba al apuntador. Creí ahogarme. Fueron unos instantes de sufrimiento indecible. Si aquello dura más, yo creo que me desplomo en el escenario. Afortunadamente, pude rehacerme enseguida. Pero al entrar, pasado el acto, en mi cuarto, me dije: «Esto se ha acabado.» Lo de aquella noche afirmó definitivamente mi propósito de retirarme.

—Sin embargo, después de aquélla aun estrenó usted alguna otra, me parece recordar.

—Sí. Una de Sevilla y Sepúlveda: *Las ermitas*. Yo no quería estrenar más, después de la de los Quintero; pero el empresario me comprometió a hacer todavía aquella otra.

—¿Cuál fué, al retirarse, la última comedia por usted representada?

—El día de mi despedida, el 11 de Junio de 1933, hice por la tarde *El rinconcito*, y por la noche, *Lo que hablan las mujeres*. Dos cosas de los Quintero. Quise que de ellos fuesen mis últimas obras, no solamente por el fervor que les tengo, sino porque de ellos también había sido mi primer estreno en Lara.

—¿Recuerda la fecha?

—Yo entré hace treinta y cuatro años, y fué en aquella primera temporada. La comedia se llamaba *El nido*.

Hace treinta y cuatro años. El cruce de un siglo y otro. Cicatrices coloniales, *Electra*, Sagasta. *Azorín*, redactor de *El Progreso*, que dirige Lerroux. Menéndez Pelayo, en Los Italianos; Dicenta, en el Inglés, y Burell, en Fornos. En el Ateneo, Romero Robledo elogia a Campoamor, y *Azorín* se indigna en *Juventud*, una revista que dirige, en Madrid, Pablo Picaso. Pasean Baroja y Maeztu sus rebeldías literarias. Mueren Martínez Campos, y Eça de Queiroz, y Federico Nietzsche. Hace treinta y cuatro años.

«Sólo en un caso volvería»

—Ya retirada, representé una vez. Fué a beneficio del Montepío nuestro. Me negué repetidamente; pero al final no tuve más remedio que ceder. Eran mis compañeros, mis amigos de siempre, los que me lo pedían. Interpreté, en el Cine Rialto, *Lectura y escritura*, también de los Quintero.

—Los Quintero, que han venido a ser, por tanto, como un destino en la vida escénica de usted.

—Sí; eso es. De ellos fué mi primer estreno en Lara, y de ellos también mis últimas interpretaciones. Estrené muchas comedias suyas y les debo muchos éxitos. Figúrese usted: treinta y cuatro años en Lara.

—Y ahora, retirada ya del teatro, ¿no piensa alguna vez en volver? ¿No cree que algún día la nostalgia de la escena la vencerá a usted y romperá esta vida tranquila de hoy?

—No. No pienso ni quiero volver. Sólo en un caso volvería: si la necesidad me obligase a ello. Da el mundo tantas vueltas y todo es hoy tan inquieto y tan inestable, que no se pueden formar propósitos con seguridad de cumplirlos. Ya sabe usted el riesgo de afirmar que de tal agua no vamos a beber. Este deseo de no volver al teatro no quiere decir, como es natural, que no lo recuerde con emoción. Siento su nostalgia porque él ha sido, en realidad, toda mi vida. Mis primeros meses fuera de él los pasé inquieta, desasosegada. Yo no me encontraba a mí misma. Sentía la falta de lo que hasta entonces había sido mi ambiente y se había llevado mis horas. Hasta me costó caer enferma. Después, poco a poco, aquel sentimiento se fué amortiguando. Se suavizó, se dulcificó. Hoy casi ha desaparecido, y mi espíritu se ha hecho ya totalmente a esta nueva vida, tan tranquila y retraída, distinta por completo a la vida agitada del teatro.

—Después de su despedida, al representar *Lectura y escritura* en aquella función benéfica, ¿se emocionó usted?

—Extraordinariamente. Una sensación extraña al verme allí otra vez sobre las tablas. Un calor enorme, que me ahogaba. Una semana antes, de tan alterados los nervios, yo no comía ni vivía. Soy un temperamento excesivamente nervioso, y sufro mucho en este sentido. Pongo todo mi esfuerzo en las cosas. (¿No es así como se debe hacer siempre?) Después de aquella tarde, tras la tensión de aquellos días, me puse enferma.

La vida de hoy.—La emoción de los estrenos en Lara, «vistos» desde lejos

—¿Y hoy? ¿Cuál es su vida, ya sin la preocupación del teatro?

—Apenas salgo de casa. Sólo a misa o a hacer alguna visita. Vienen aquí mi familia, algunos amigos... Quisiera leer pero no puedo. No me deja ya la vista. Cuando pensaba en retirarme, iba guardando libros—versos, novelas...—y diarios y revistas. «Cuando no tenga que ir al teatro, leeré», me decía. Pero no puede ser. Por esto leo muy poco. Me gusta mucho el cine—el mudo, no el sonoro—. Pero el médico también me lo ha prohibido, por serme perjudicial para la vista. Me dedico, por esto, a escuchar la radio. Una vida, como ve, absolutamente pacífica y burguesa.

—¿Y al teatro?

—No voy. Sólo una vez he ido, a ver *Cinco lobitos*. Se trataba de los Quintero, y todos me ponderaban tanto la comedia... Estos nervios míos... Casi no puedo ni acercarme allí. Son muchos años—toda una vida—los que pasé en aquel teatro. Y esto tira de una, necesariamente... Estos nervios míos... Toda una vida, como ella, exactamente, dice, entregada a la labor y la pasión del Teatro. Toda una vida de ensayos y de estrenos, de *camerinos* y de luz de batería. Toda una vida de fingir a diario sobre la escena, ante un público múltiple y distinto, la burla o la amargura del mundo...

—Cuando llega un estreno en Lara, estoy —aquí, en mi casa—inquieta, desasosegada. Miro y miro el reloj. Las diez y media. «Ahora se levantará el telón», pienso. «Ahora irá el acto por la mitad.» «Ahora estará terminando.» Mi corazón, desde aquí, sigue emocionadamente el estreno. Y esa noche no consigo dormir...

Su palabra, al cabo de un rato, abandona los recuerdos de escena y marcha por el camino de lo actual: la gran angustia que oprime hoy la vida española, este vivir sobresaltado que da emoción de historia a cada instante que pasa. Cuando he dejado la tranquila estancia, pienso que la nostalgia es de una efectiva fuerza sentimental. Quizá alguna vez se vuelve por necesidad; siempre serán más las que se vuelva por nostalgia. Si partir es morir un poco, regresar debe ser nacer un poco también.

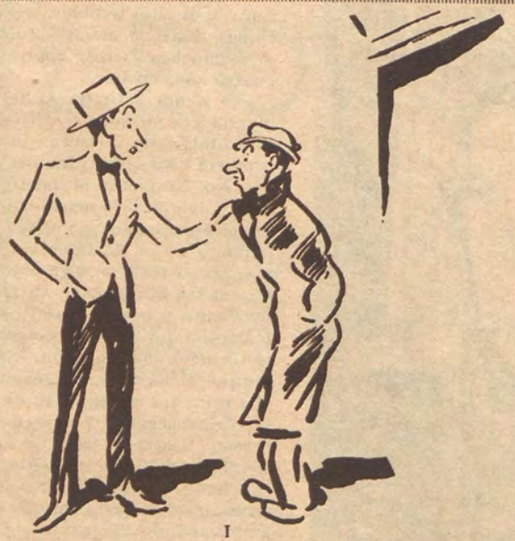
He aquí cuatro fotos bien expresivas de Leocadia Alba. — Arriba, a la izquierda: un retrato de la genial actriz hace algunos años. Abajo: en una escena de «La señorita de Trévelez», de Carlos Arniches, con Emilio Thuillier. — Arriba, a la derecha: con Concha Catalá en «Lo que hablan las mujeres», de los Quintero, obra con la cual se despidió del público. Y, finalmente, en la silueta, Leocadia Alba, magnífica, como siempre, de gesto y de expresión, en la obra de Hernández Catá e Insúa «En familia»

HEMEROTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

UN AMIGO DE OSELITO

Historieta cómico-teatral, por Martínez de León



I

—Ya vé, Oselito—dijo el cómico parado—. ¡Dos temporadas sin encontrar colocación! ¡Una semana llevo sin comer!
—No te apure—le contestó Osé—. Te convido a comé.

II

Y el amigo de Oselito comió sin desabrigarse hasta no estar abrigado por dentro.

III

Y ante el asombro del generoso amigo devoró cuantos platos le pusieron por delante.
—¿Quiere má?
—¡Sí!—contestaba.

HEMEROTECA NACIONAL

IV

Y pidió más cosas, que el camarero, asustado, se apresuraba a servirle.

V

Pero aquello tenía que terminar alguna vez, y terminó. Ya en la calle, Oselito miraba de reojo a su amigo, esperando de un momento a otro la catástrofe.

VI

—Osé—dijo el cómico al rato—. ¡Me duele aquí! Argún plato de eso ma hecho daño!
—¡No te ha hecho daño ná. Antonio—saltó Oselito rápido—. Lo que tú te has comío te lo ponen en el hombro, ¡y te duele el hombro!

Biblioteca Nacional de España

¡Y AUN ME QUEJO!...

(Letrilla representable)
de S. y J. ALVAREZ QUINTERO

Cuentan de un sabio que un día,
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
—¿Habrá otro—entre sí decía—
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

CALDERÓN

Sale don Jeremías Retuerto, filósofo cascado y hombre que quiere pasarlo bien, y dice:

—¡Oh, Fabio, observa y verás
que en este mísero suelo
sirve al dolor de consuelo
el dolor de los demás!
Vaya detrás o delante,
vaya lejos, vaya al lado,
ver a uno más desgraciado
nos alivia en el instante.
Se establece el parangón
callado con uno mismo,
y se da al propio egoísmo
liviana satisfacción.

o

No se puede comprender
cómo, sin pensarlo, el hombre
puso su honor y su nombre
en manos de la mujer.
Pérez, pobre visionario
que a su mujer adoraba,
supo, al fin, que lo engañaba
con su antiguo secretario.
¡Y aun me quejo
porque una chulilla amiga,
de quien se me da una higa,
me llama momia y pendejo!

HEMEROTECA NACIONAL

Es de las cosas más gratas
el coche: Cervantes fué
quien dijo que andar a pie
equivale a andar a gatas.
Gil, que no tiene un real
siquiera para el tranvía,
va a pie tres veces al día
del Viaducto a Fuencarral.
¡Y aun me quejo
porque averiado mi coche
de pronto, tuve una noche
que dormir en Zarzalejo!

o

¡Oh, las fortunas cuantiosas,
humareda de rastrojos,
abrir y cerrar de ojos,
nacer y morir de rosas!
El duque de Chichafiel,
millonario allá el noventa,
hoy, ¡ay, triste!, se alimenta
de las sobras de un cuartel.
¡Y aun me quejo
de que un día en un colmado,
porque se acabó el lenguado,
me sirvieron abadejo!

o

Según todas las señales,
¡cuánto el mundo ha de rodar
para poder nivelar
las diferencias sociales!
Bajo la lumbre de hoguera
de un sol vivo, y casi en cueros,
he visto a varios obreros
sudando en la carretera.
¡Y aun me quejo
porque al romper la mañana
toca el sol en mi ventana
y me despierta el reflejo!

o

Desde el agua del bautismo
no ganamos para sustos,
contratiempos y disgustos
del complicado organismo.
Ayer, en el Hospital,
a un fornido veterano
lo ha dormido un cirujano
¡y me lo ha abierto en canal!
¡Y aun me quejo
porque anoche mi chulilla,
con la punta de una horquilla,
me hizo sangre en un pulpejo!

o

Con holgura o con trabajo
regalada o abatida,
hemos de pasar la vida
hacia arriba o hacia abajo.
Martínez, un carcamal,
sin piernas y sin pulmones,
sube noventa escalones
para ir a su mechinal.
¡Y aun me quejo
cuando en mi antigua casona
alguna vez no funciona
el ascensor porque es viejo!

o

Desde los tiempos de Adán,
que usaba la hoja de parra,
¡cómo la moda desbarra
sin temer al qué dirán!
Rodríguez, un buen muchacho,
gasta ropa de desecho,
y no le importa, y va hecho
un completo mamarracho.
¡Y aun me quejo
porque dice un mi enemigo
que las pieles de mi abrigo
le parecen de conejo!

o

Es de la humana criatura,
gala y timbre de salud,
y pregón de juventud,
una buena dentadura.
Pues bien: López, que en la escuel
hasta los huesos roía,
me confesó el otro día
que no le queda una muela.
¡Y aun me quejo
porque en los golpes de tos
se me mueven a mí dos
como patas de cangrejo!

o

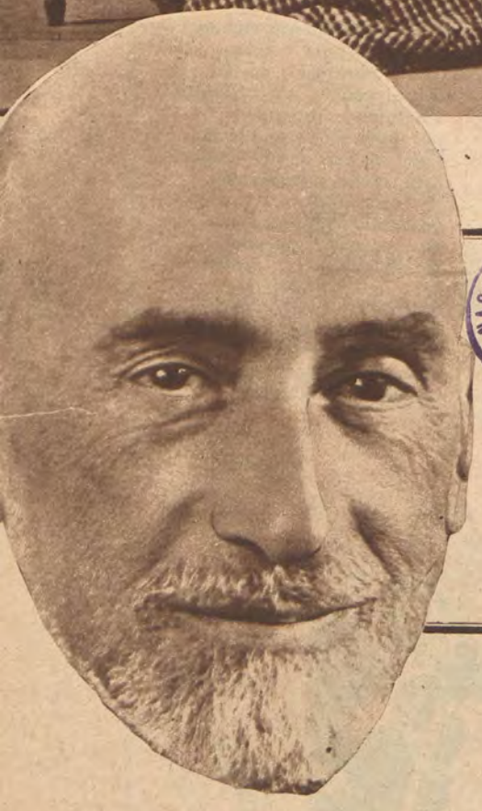
¡Ay, sentimiento villano,
fruto venenoso y triste,
negra ingratitud: naciste
con el primer grito humano!
Un tipejo, protegido
por quien un tiempo brilló,
hoy llama al que lo amparó
rata, chulo y malnacido.
¡Y aun me quejo
porque un sablista poeta,
que me sacó una peseta,
me va quitando el pellejo!

o

Y ya no te canso más.
Medita, ¡oh, Fabio!, y verás
cómo en el mísero suelo
sirve al dolor de consuelo
el dolor de los demás.

Biblioteca Nacional de España

Manuel González, Irene Alba y Ana María Custodio en la escena de «Memorias de un madrileño» que a continuación ofrecemos a nuestros lectores.—En la silueta: la testa magnífica del insigne autor



HEMEROTECA NACIONAL

PRIMICIAS

ESCENA PRIMERA DE LA NUEVA COMEDIA DE JACINTO BENAVENTE

"MEMORIAS DE UN MADRILEÑO"

Estrenada en el Teatro Lara la noche del jueves 15 del corriente

SALONCILLO inaugura su sección de «Primicias». El azar ha estado esta vez oportuno, permitiéndonos que ello sea con el nombre del tan querido maestro. La supremacía espiritual de Benavente, su inagotable ingenio, elevan, siempre que estrena una comedia, el nivel literario del teatro español, y logran que se junten todas las manos en aplauso apasionado y fervoroso. Y así da comienzo su nueva obra:

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La marquesa de Casamentera	*Concha Catalá.*
Cielín-Carmela	*Ana María Custodio.*
Tula Sarmiento	*Angelina Vilar.*
Monsita Torres	*Carmen Villa.*
Cuala	*Irene Caba.*
Cualita	*Soledad Domínguez.*
Doña Isabel	*Matilde Galiana.*
Andrea	*Jacinta Alenza.*
José Luis	*Manuel González.*
Eladio	*Gaspar Campos.*
José María	*Pedro Hurtado.*
Gonzalón	*Antonio Torner.*
Antonio	*Nicolás Rodríguez.*
Damián	*Manuel Arbó.*
Un escribiente del Juzgado	*Emilio Gutiérrez.*
Un señor	*Modesto Rivas.*

CAMAREROS Y ACOMPAÑAMIENTO

CUADRO PRIMERO

Habitación de soltero. Alcoba, despacho, comedor, todo en una pieza. A un lado, una cama sencilla, con su mesita al lado, y a los pies una butaca baja. Un biombo separa la cama del resto de la habitación. Una pequeña estantería, con libros en el mayor desorden. Una mesa con lo necesario para escribir. Otra mesa pequeña que puede ir de un lado a otro. Un butacón. Al levantarse el telón la escena está a obscuras. CIELÍN *duerme sobre la cama, vestida y cubierta por una manta.* JOSÉ LUIS, *con bata, duerme en el butacón, recostada la cabeza sobre una almohada y cubiertas las piernas con una manta. A poco de levantarse el telón se enciende una luz central y entra* CUALA *con una bandeja con servicio de café con leche. Va hacia la cama como a cosa hecha, y al ver a* CIELÍN *retrocede asustada.*

ESCENA I

CIELÍN, CUALA y JOSÉ LUIS

CUALA ¡Jesús, Señor! *(Mira alrededor y descubre a* JOSÉ LUIS *en el sillón.)* ¡Vamos, señor!

CIELÍN *(Despertando sobresaltada.)* ¡No, no! Yo no he hecho nada; déjenme ustedes. ¡No, no! *(Al ver a* CUALA.) ¡Ah! Usted perdone... ¡Qué susto!

CUALA Susto el mío; si yo me asustara de nada con este señor y en esta casa.

CIELÍN *(Se calza los zapatos, que estarán al pie de la cama.)* Claro que usted no me conoce; no puede usted saber por qué estoy aquí, a estas horas, de este modo.

CUALA Yo entraba el desayuno a don José, como todas las mañanas; más tarde que todas las mañanas, porque siempre le oigo trajinar; pero hoy ya era muy tarde.

CIELÍN ¿Es muy tarde?

CUALA ¡Digo! Van a dar las once. ¿La esperaban a usted en su casa?

CIELÍN ¡En mi casa! Don José duerme todavía.

CUALA Vendría a las tantas, como de costumbre, y anoche bien acompañado, que eso ya no es costumbre. Por algo me pareció oír entre sueños como si hablaran aquí dos personas.

CIELÍN Hablábamos muy bajito y hablamos muy poco.

CUALA ¡Ya!

J. LUIS *(Despertando.)* ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! *(A* CUALA, *que le mira fijamente.)* ¿Qué?

CUALA Nada, señor; yo no digo nada. Allá usted. Ya es usted mayor de edad. Si yo hubiera sabido, no me hubiera permitido entrar así de rondón, que, la verdad, al pronto me he llevado un susto. Aquí tiene usted su café.

Biblioteca Nacional de España

J. LUIS Trae otra taza.

CUALA Taza no hay más que ésta, bien lo sabe usted; hay vasos.

J. LUIS Es lo mismo.

CUALA Este señor mío nunca se acuerda de lo que hay en esta casa. Verdad que para lo que él para en ella... Voy por un vaso. *(Sale.)*

J. LUIS Esta es Pascuala. De la que te hablé anoche; Cuala, como yo la llamo por abreviar, y por Cuala la conoce todo el mundo. Ella es toda mi servidumbre. Ama de llaves sin llaves, naturalmente, porque aquí todo está abierto de par en par; es mi casa, y mi casa está como yo. Cocinera, cantinera más bien, porque aparte de lo que ella guisa para ella y para Pascualita, su hija, que viene a comer aquí con su madre, siempre que se pelea con su marido, que se pelea todos los días... Ahora creo que quieren divorciarse. Están ahorrando para ello. Quiere decirse que para mí solo prepara este café, llamémosle así, que me sirve de desayuno.

(Ha vuelto CUALA *con un vaso.)*

CIELÍN *(Que ha tomado el café en la taza.)* Pues está bueno.

J. LUIS No; el café es de lo mejor; lo compro yo mismo, y algunas veces me lo regalan mejor que el que yo compro. Lo horrendo es la confección.

CUALA ¡La confección! Mis cinco sentidos pongo por no oirle a usted todos los días. ¿Pero qué le parecerá a usted bien? Claro que yo no sé lo que esas cocineras y esos cocineros de casas grandes y grandes hoteles y restaurantes, donde está usted hecho a comer de todo y de lo mejor toda su vida...

J. LUIS Estaba, estaba. Ya se come de cualquier manera en todas partes; por lo menos, en mi sociedad. Los malos tiempos me han sorprendido a lo peor de mi vida, cuando ya no tiene uno humor de cultivar nuevas amistades; porque yo sé que hay casas de esta gente nueva en que se come muy bien; pero yo me he significado tanto con los del régimen antiguo...

CUALA Que usted no querrá. Usted, en todas partes, cae bien, y en todas partes tiene usted simpatías. Todo se lo merece usted, eso sí, porque usted tiene su genio; a mí no van a contármelo; pero a usted no se llega nadie si necesitado, por necesitado; si afligido, por afligido, que no se alegre y se consuele a su lado de usted, que hasta cuando no puede usted socorrer materialmente una necesidad, tiene usted unas palabras, que, como yo digo, hay palabras que valen más que un duro muchísimas veces. Yo lo sé por mí y por mi hija, que todo se lo debemos a usted. Es muy bueno don José Luis; es muy bueno.

J. LUIS *(A Cielín.)* Ya lo oyes. Tiene bien aprendida la lección.

CUALA Sí, que no le conocerá a usted esta joven.

J. LUIS No me conoce mucho. ¿Verdad?

CIELÍN En este poco tiempo ha hecho usted lo bastante para conocerle.

CUALA ¡Digo!

J. LUIS Estás muerta de curiosidad. Es hija mía, una hija, una hija que yo había perdido de vista y la he encontrado anoche.

CUALA Con la vida que ha llevado usted no sería para extrañarse de nada si usted fuera de otro modo de ser. Pero no es usted de los que pierden de vista a sus hijós. Dígalo el José María, que es su orgullo de usted y lo único que quiere en este mundo, y que poco le ha perdido usted nunca de vista, que con todo el tralalá que ha sido su vida de usted siempre, y aunque no le haya usted tenido consigo, bien ha mirado usted por él y bien se ha cuidado usted de encaminarle para hacer de él un hombre cabal y de provecho.

J. LUIS El, que ha salido bueno. Por mí... Lo que es con mi ejemplo... Bueno, Cuala, esta joven se quedará a vivir aquí. No sé por cuánto tiempo.

CIELÍN ¡No, don José, por Dios!

J. LUIS Tú, calla. *(Se sienta a escribir.* CIELÍN *tose.)*

CUALA Está usted muy acatarrada. ¿Quiere usted que le haga un poco de flor de malva?

CIELÍN No, gracias.

CUALA Mire usted, usted perdone; antes, al pronto... No es porque don José acostumbre a traer aquí señoritas de ninguna clase, eso no; pero a lo mejor, vaya usted a saber; como este don José Luis, aunque no es ninguna criatura, que donde usted le ve tan bien plantao pues tiene sus años... Pero él no atranca, y bien podía ser que... Yo, la verdad, cuando la vi a usted aquí a estas horas... Es decir, a estas horas ya era lo de menos; a las otras que había usted pasado aquí. Diga usted si no es para creerse cualquier cosa, por bien pensada que sea una, digo yo.

J. LUIS Lo estoy oyendo todo. Me has equivocado dos veces.

CUALA Usted perdone. *(Coge a* CIELÍN *de la mano, se la lleva más lejos y habla más bajo.)* Pues a lo que iba. Sin que don José y usted me digan palabra, yo sé muy bien que no hay por qué pensar mal de todo esto. Usted es una joven que se ha visto en un mal paso o en algún apuro muy grande y don José Luis la ha servido a usted de amparo, como si lo viera. No puede ser otra cosa. Dios me perdone de haber pensado mal desde un principio. Tiene usted cara de buena.

CIELÍN ¿Le parece a usted?

CUALA De buena. Que acaso haya tenido que ser mala sin querer serlo, y no queriendo serlo, nunca se puede ser malo del todo. Yo sé algo del mundo; he pasado por tanto... Usted ha llorado mucho esta noche. Esos colores que lleva usted en su cara, y que no son de usted, se han limpiado casi con las lágrimas que ha llorado usted esta noche. ¿Verdad que sí? Y su color natural es de estar muy triste y algo enferma. ¿Verdad que sí?

CIELÍN No; ya no estoy triste, y pronto estaré muy bien. Ya es otra vida. La de antes... Ya la ha adivinado usted por estos coloretes, por estas pinturas. *(Limpiándose con fuerza con el pañuelo.)*

CUALA ¡Ay, no; por eso, no! En estos tiempos vaya usted a diferenciar a nadie por coloretes ni pinturas. Pero ya ve usted; hay algo siempre... El modo de venir a esta casa, las horas...

CIELÍN Todo lo que usted se figure...

J. LUIS *(A* CUALA.) Mira, vas a llevar esta carta a estas señas. ¿Te enteras bien?

CUALA ¡Huy, que calle! Bien está. Y...

J. LUIS Y esperas contestación de la señora; que te diga a qué hora puede mandarse por la ropa de... *(A* CIELÍN.) Para mí eres siempre Cielín, como te llamaba tu madre, como te he conocido cuando no levantabas tanto así del suelo. Pero, ¿cómo te llamaban allí?

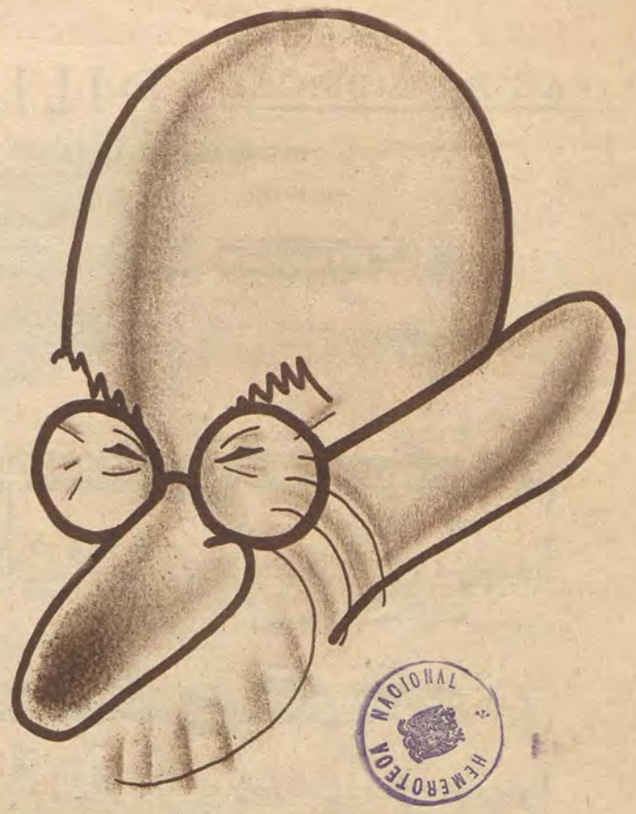
CIELÍN ¿Allí? Carmela o Carmelina; por broma, alguna vez, Camelia, la Camelia.

J. LUIS *(A* CUALA.) Ya lo oyes: por la ropa de Carmela. Y que yo iré por allí esta misma tarde; ya se lo digo en la carta; pero no vuelvas sin ver a la señora en persona.

CUALA Será una señora gruesa.

J. LUIS No; ésta es delgada, muy delgada; no siempre se tiene el físico del cargo.

CUALA Voy ahora mismo.



En esta notabilísima caricatura de Robles, la agudeza del artista ha sabido captar, de una manera personalísima, la sutil expresión del eminentísimo comediógrafo, todo sensibilidad, finura y exquisita elegancia espiritual

J. LUIS Sí; ya puedes ir. En aquella casa el personal administrativo madruga.

CUALA Pues voy a echarme una falda, y enseguida. ¿No quieren ustedes nada?

CIELÍN Sí; hágame el favor; ya que va usted allí, llévese usted el *renard*, que no es mío; no vayan a creerse que voy a quedarme con él.

J. LUIS ¡El *renard!* Lo dejaremos en liebre y gato.

CIELÍN Yo no entiendo; sé que ha costado treinta y cinco duros.

CUALA Muy suavecito sí es. ¡Y qué perfumado! Lo envolveré muy bien envuelto. Por supuesto, esta joven almuerza hoy aquí.

J. LUIS Hoy y muchos días; ya veremos.

CUALA ¿También usted?

J. LUIS Yo, no; ni volveré hasta la noche.

CUALA Sí: hasta mañana.

J. LUIS ¡Pues sin cosas que me han caído hoy encima! Y Eladio se retrasa hoy mucho.

CUALA Ya sabe usted que anda también siempre muy ocupado, casi tanto como usted. Hasta ahora. *(Sale.)*

ANTE LA CORTINA

Todas las semanas aparecerá ante la cortina que da paso a nuestro SALONCILLO un bello rostro de mujer, ya de una actriz insigne, ya de una famosa cantante, ya de una estrella del cinematógrafo, ya de un lucero de la canción o de la danza... La dueña del rostro que hoy contemplas, lector, inaugurando el espejo brillante, ¡se llama María Guerrero!

Mariquita Guerrero López recibió de quien la adiestró y presentó en la escena, de quien la dió su propio nombre por predestinación dichosa, una magna y abrumadora herencia, que la joven actriz lleva sobre sus hombros suaves y fuertes. Por toda la América española pasea hoy triunfalmente, en compañía de Fernando Díaz de Mendoza, su esposo, la tradición de oro de nuestros antiguos dramáticos y las bellezas, frescas y lozanas, de nuestro teatro contemporáneo.

Reciba Mariquita Guerrero al salir SALONCILLO y al aparecer entre sus terciopelos su belleza morena, cálida, fragante, de castellana estirpe, el saludo debido a su gentil persona—saludo no por lejano menos cordial—, y el fervoroso aplauso a su arte, dechado de matices preciosos y opuestos; y con el aplauso y el saludo reciba también el emocionado recuerdo y el homenaje que le rendimos con esta ocasión a la otra María, a la que le dió, también con el otro Fernando, días inolvidables de gloria y de luz al inmarcesible teatro español.

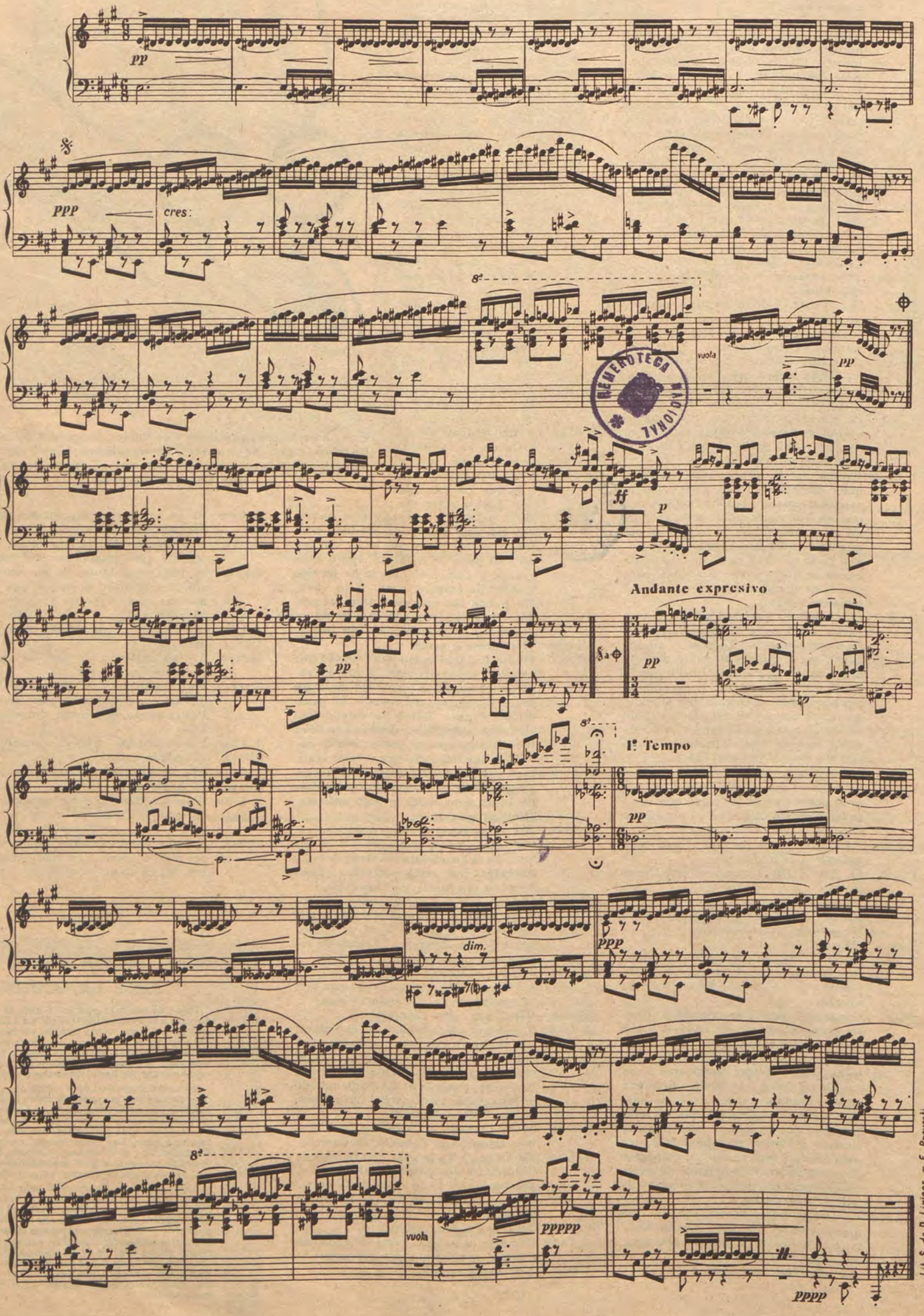
Biblioteca Nacional de España

PAGINA MUSICAL

IDILIO EN UNA COLMENA

Composición inédita del ilustre maestro PABLO LUNA

Allegretto



HEMEROTECA NACIONAL
HEMEROTECA NACIONAL

Lit. S. de A. Liricos. = E. Prevosti

Biblioteca Nacional de España

HEMEROTECA NACIONAL

Tras la espuma finísima del Heno de Pravia van desapareciendo las sombras y asperezas del cutis. Queda la piel limpia, suave y embellecida. Al lavarse, friccione bien; la pureza de este jabón y sus aceites suavizadores se ajustan a las exigencias higiénicas más refinadas.

El Heno de Pravia realza la belleza del cutis

Biblioteca Nacional de España

UNA SEMANA DE TEATROS

Lara: "Memorias de un madrileño". - Fuencarral: "La del manojo de rosas". - Zarzuela: "La casa de las tres muchachas". - Ideal: "Paquita, la del Portillo". - Calderón: "Mandolinata"

Uno de los más celebrados momentos de la opereta de Schubert «La casa de las tres muchachas», estrenada en la Zarzuela con éxito excepcional

Luis Sagi-Vela y María Vallojera en uno de los brillantes dúos del sainete de Carreño y Ramón de Castro, con música del maestro Sorozábal, «La del manojo de rosas», estrenada con gran éxito en el Teatro Fuencarral

La semana teatral que ha terminado el sábado 17 es una de las más interesantes en calidad y en cantidad desde el comienzo de la presente temporada. En ella viene al primer plano de la actualidad escénica un autor eminente. El autor de *Señora ama* y de tantas comedias que dan lustre y rica substancia al teatro español del siglo XX en su primera mitad, ha aumentado su producción, ya desde años ingente y magnífica, con la comedia que nos ha servido el último jueves la Compañía de Lara, bajo un título de suyo atrayente, y más todavía por la firma que le da valor: *Memorias de un madrileño*.

Todos hemos conocido a Don José Luis y a todos nos fué simpático desde el primer momento, y luego nos ha interesado saber de su vida, de sus ideas, de sus amores, de sus amistades, de su condición, que ya advertimos noble y generosa. Se nos dice que se acuesta a las cinco de la mañana; que almuerza y come en las casas de la Nobleza; que trata con toreros, cómicos, bailarinas, mujeres de costumbres fáciles. El asiste a entierros, bodas, tés de las cinco, que son aquí a las siete; él frecuenta las salas de los teatros y los saloncillos; él ha concertado lances de honor cuando eso se gastaba en el mundo. No tiene dinero; mas vive en el ambiente de esa bohemia dorada en que se juntan los personajes de Murger con los príncipes de Aurec, según la fórmula de Lavedán. A Don José Luis le hemos visto muchas veces en todas partes. ¿Qué madrileño no le conoce? Hemos gozado el hechizo de su conversación, y en la donosura de sus palabras y en el atractivo de su acento hemos creído asistir a las comidas en que el viejo paseante en corte, prodigio de esa buena educación que va faltando, por desdicha, alternaba con Cánovas, Castelar, Menéndez Pelayo y el entonces jefe de los carlistas marqués de Cerralbo. También nos ha sido simpática en su inconsciencia de esposa adúltera la marquesa de Casamena, que el autor nos presenta arruinada y en tratos con la prestamista doña Isabel, que realiza sus negocios de usura en Pombo y en Platerías.

Quisiéramos, en un impulso de natural curiosidad, penetrar más adentro en el alma y en la vida del *gentleman* bohemio y de la marquesa. Finalidad de la novela y del teatro es la satisfacción de este anhelo por el que unimos la simpatía a tipos curiosos que llaman la atención y vienen a constituir algo genérico, el resumen, flor y expresión definida de muchos otros ejemplos análogos. El maestro Benavente, gran señor de las letras y del teatro, da respuesta soberana a quienes le interrogan sobre la vida y el alma de Don José Luis y de la Marquesa venida a menos, que vende sus muebles y sus alhajas y concurre por las tardes a Pombo. Los dos son en el fondo buenas personas. Tienen corazón. No les falta el buen sentido, que substituye en muchas gentes a una inteligencia bien ordenada y segura; están bien educados, y comentan con frases ingeniosas la situación lamentable a que los groseros han traído la buena educación. Les ha faltado una regla moral inflexible que diera vigor a sus pobres voluntades desfallecidas. Las dos figuras principales y todas las que en la comedia intervienen son mujeres y hombres de malas costumbres y de buenas obras. Pecan por hábito y no por maldad. Hubiera sido muy fácil en sus mocedades encaminarles hacia el bien supremo de los nacidos por la buena conducta y las normas regulares del vivir. Pero la existencia alocada del mundo los ha incorporado, no al torbellino de las pasiones, al regusto de un vegetar agradable, en que la falta de objeto se finge con múltiples actividades y se da encanto al reposo con las galas del ingenio en una conversación de melancolías. En la comedia de Benavente importan, más que la trama con los amores y los dolores de Cielín, los recuerdos del solterón y la marquesa. Diríase un trasunto moderno y variado de un salón dieciochesco francés: el de la marquesa Du Deffand. Ya anciana y ciega, sentada en su *tonneau*, da todavía ritmo de ingenio a París, a Francia y al mundo. Todos se han marchado. Sólo queda junto a la chimenea el amante, más bien el amigo de cincuenta años, el caballero Pont-de-Veyle. Se han hablado todos los días durante medio siglo. Jamás han reñido. En su afecto, en la amistad templada que une sus almas, en el amor que por los años de juventud ligó sus vidas, no ha existido nunca la menor sombra de desconfianza, celos, desdenes, disputas y reproches. La Du Deffand y Pont-de-Veyle desconocen las dulzuras de la reconciliación. Todo París lo comenta y un día los interesados discurren sobre el caso de su mutuo, antiguo y tranquilo *attachement*. No tardan en hallar la razón. Es que no se han querido nunca. Fuera del *esprit*, de los temas de conversación, más o menos erudita, pero siempre grata a los entendimientos cultivados, el caballero y la dama no han advertido la menor curiosidad de sus mutuos sentimientos y actos. En suma, que ni a él le importaban las cosas de ella, ni a ella las de él. Y este es el caso del Don José Luis y la Marquesa de Casamena, que pretenden evocar, ya que no escribir, las *Memorias de un madrileño*.

¡Qué lejos se encuentran unos y otros del *amantium irae amoris redintegratio est*, de Terencio!

El ingenio, el análisis de dulces y no profundas añoranzas, el recuerdo de un Madrid que se fué, la falta de una buena educación y de una caballerosidad que hoy están muy ocultas, si es que existen, son los componentes principales de esta comedia de malas costumbres, pero de gentes nobles, generosas y honradas, comedia en la que el maestro ha llevado a estampas de Daumier el tono compasivo y romántico de un Dumas, hijo, y la gracia elegante de las damas de Pajou y los geniecillos de Falconet.

La interpretación, como de Lara, ha de llevar en justicia el calificativo de excelente. Concha Catalá, Ana María Custodio, Soledad Domínguez, Angelina Vilar, Carmen Villa, Manuel González, Gaspar Campos, Hurtado, Torner y el resto de la Compañía que toma parte en la obra pusieron a prueba una vez más sus facultades artísticas, que todo el mundo sabe admirar.

o o

Ramos de Castro, Carreño y el maestro Sorozábal estrenaron el martes 13, en el Teatro Fuencarral, un sainete madrileño inspirado en *La revoltosa*, en el cual se reflejan las costumbres populares del Madrid contemporáneo. El barniz cosmopolita y extranjerizado que hoy afecta en cierto modo a los jóvenes que viven de su trabajo en esta ciudad de grandes vías y de variados vehículos de locomoción, es quizá motivo suficiente para que el género inmortalizado por don Ramón de la Cruz no logre la expresión justa de una cosa más cerca de la comedia y la sátira que del sainete.

Pero aceptemos por una vez el proverbio de nuestros vecinos los franceses: *le mot ne fait rien a la chose*, y veamos en la producción escénica de Ramos de Castro, Carreño y Sorozábal una obra de absoluta dignidad literaria y del mejor tono de arte, lo mismo en el libro que en la música y la interpretación. La soltura que dan a sus tipos respectivos María Vallojera y María Téllez; las magníficas facultades y la maestría de cantante que concurren en Luis Sagi-Vela; el garbo con que están escritos los números musicales y el ambiente simpático de aquella puerta de calle con la tienda de flores, son para el público atractivos y para los autores y los artistas razón de buen suceso (y conste que en el vocablo no hay galicismo, aunque pudieran sospecharlo algunos suspicaces mal enterados).

o o

La casa de las tres muchachas, de Góngora, Tellaeche y el maestro Sorozábal, es una anécdota de la vida de Schubert, en la que se intercalan, para gozo del oído y recreo del ánimo, sonatas, *lieder* y composiciones diversas del genial romántico. Concebida la obra conforme al espíritu de Werther, y desarrollados los caracteres, las escenas y las situaciones en un ambiente exquisito, de los que hoy faltan, por desgracia, en el teatro y en la vida, son de admirar en la comedia lírica, que llenará la sala de la Zarzuela centenares de noches, la sonoridad de versos inspiradísimos, donde reviven una a una las formas métricas tradicionales que han hecho de la poesía española una de las más atrayentes del mundo moderno; las melodías del músico romántico de Viena, que embriagan con inefable hechizo; la suntuosa presentación escénica, testimonio del buen gusto y la cultura de los directores artísticos, Fernández Shaw y Romero; la labor acertada del maestro Sorozábal, lo mismo al combinar las piezas musicales de Schubert que en los números de la propia cosecha; la interpretación primorosa de Conchita Bañuls, Aurora Sáiz, Carmen del Toro, Pedro Terol, Roberto Rey y demás artistas de la Zarzuela.

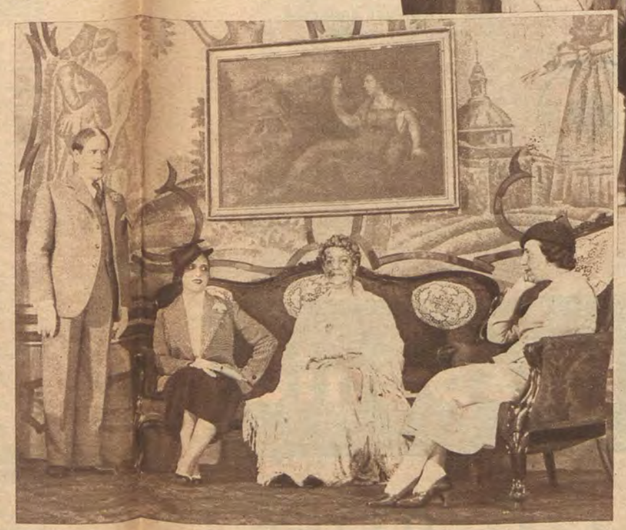
Espectáculo moderno, con nobleza del alma romántica. *La casa de las tres muchachas* se impone por el tono de distinción en que los espíritus selectos se manifiestan y gustan de vivir.

o o

El eminente Arniches, en unión de Estremera y del maestro Rosillo, ha estrenado en el Ideal un sainete intitulado *Paquita, la del Portillo, o en el querer nadie manda*. En él se copian, como en tantas obras maestras del ilustre sainetero, la honradez y la gracia de las mujeres de Madrid, con un asunto de perfecta trama y diálogo chispeante.

o o

Semana muy pródiga en novedades escénicas, todavía el sábado se estrenaba por la noche, en el Calderón, la comedia lírica de Arturo Cuyás de la Vega, música del maestro Jesús Guridi,



Arniches, Estremera y el maestro Rosillo han estrenado con gran éxito, en el Teatro Ideal, un sainete titulado "Paquita, la del Portillo". He aquí una escena de dicha obra →

Una escena de «Memorias de un madrileño», del gran Benavente, cuyo triunfal estreno en el Teatro Lara ha constituído un destacado acontecimiento literario y teatral. En otro lugar de este número ofrecemos al lector la primera escena de esta nueva obra de don Jacinto

Niní Montiam, bella y joven actriz de positivos méritos, que está realizando en Eslava una brillante temporada. La foto reproduce a la notabilísima artista en «Santa Isabel de España»

Mandolinata. Con un libro que se diría la amena narración de un *novellieri* italiano en el estilo de Bandello y de los que influyeron en Cervantes y en Lope, y con una música llena de melodías y testimonio de una técnica sabia, tal y como lo exigen las normas del arte moderno, la nueva obra del Calderón llevará mucho público al teatro. Lo aseguran el interés, la calidad literaria, el juego de los amores un poco trenzados, como en el shakespiriano *As you like it*, el encanto de la partitura, la interpretación excelente de Felisa Herrero y el nuevo tenor Juan Casado; la propiedad (salvo algunos anacronismos de detalle) del ambiente; las decoraciones y los indumentos; en suma, las esencias de verdadero teatro y de arte legítimo que en la obra concurren.

Hay en ella la novedad de un soneto cantado: catorce endecasílabos, tal vez más cerca de Heredia que del Bembo y el Aretino.

LUIS ARAUJO-COSTA

La musa inagotable y siempre lozana y luminosa de Pablo Luna, el ilustre compositor, ha derivado este rey hacia la frivolidad. La partitura de «Los inseparables», que se representa en Maravillas, es un modelo de ligereza, de alegría y de inspiración. El lector hallará en este mismo número una página musical del gran musicógrafo aragonés (Fots. Piortiz)

Biblioteca Nacional de España

TUS OJOS DE AGUAMARINA

I

Tienes razón... ¿Para qué?
Tú eres ave que al pasar
en mí vuelve a despertar
cosas que ha tiempo olvidé.

Barco viejo, el ancla eché
junto a la orilla del mar.
Tienes razón... ¿Para qué?
¡Si yo amarrado quedé
y tú empiezas a volar...!

Si yo, al mirarme en el agua
de tus ojos azogados,
que ahora son lirios morados
y ahora llamear de fragua,
busco en ellos que me den
lo que darme no podrán,
porque ellos viven también
cautivos en otro afán;
tienes razón, dices bien:
¿para qué seguir su imán?

II

Pero no... ¡Quiero la espina!
¡Nunca el dolor de perderte!

Dicen que el agua marina
es piedra de mala suerte;
que da penas, que trae muerte;
que poco a poco asesina
y que a su ponzoña fina
van muriendo y nadie advierte
que su vida se termina.

Será cierto. Y será fuerte
si a esto el amor me destina.
Mas, con todo, ¡quiero verte!
¡Y denme luego la muerte
tus ojos de agua marina!

HEMEROTECA NACIONAL

III

Ruido de "jaz"... Borracheras...
Luces de noche en las frondas
y un verde ajenjo en las hondas
descoloridas ojeras.

Yo te quería apartar
—rosa en el fango—del cieno
que empezaba a salpicar
tu cuerpo limpio y moreno.

Yo te quería apartar,
y tú empeñada en manchar
con hedores de letrina
la blanca rosa ambarina
de tu palidez lunar.

Fué inútil... Ya alboreaba...
Y a los primeros reflejos
de un alba que bostezaba
llena de melancolía,
te ví tan lejos, tan lejos,
que todo me parecía
¡que mirándote lloraba,
porque de la noche al día
la estatua se derrumbaba
del sitio en que la tenía!

LUIS FERNANDEZ ARDAVIN

PENAGOS XXXIV

Papelería Hispania

IMPRENTA, LITOGRAFIA, ENCUADERNACIÓN, ARTÍCULOS DE ESCRITORIO Y DIBUJO

NATALIO RIOS

Timbrados en relieve, material completo de oficinas.

Gran surtido en plumas stilográficas y Lápices mecánicos. Libros de Contabilidad.

Tarjetas de visita a DOS pesetas el ciento, clase inmejorable.

San Bernardo, 2 - MADRID - Teléfono 15058

Biblioteca Nacional de España

Canción y baile

RAQUEL MELLER
o el arte de la canción

ESTÁ por escribir todavía la historia de la canción en España. De la canción y del baile. Mientras en Francia grandes críticos y eruditos, como André Levinsón, consagran gruesos volúmenes a la historia de la danza, y en Alemania e Inglaterra el *lied* y el *folk-song* tienen magníficos historiadores y comentaristas, nuestros escritores desdeñan ocuparse de un género que tanta raigambre popular tiene. El día que alguien se lance a escribir esta historia de la canción, no podrá hacerlo sin dedicar el mejor capítulo a su intérprete más genial, la inimitable y divina Raquel Meller.

Raquel Meller, la insigne artista española que ha paseado por el mundo el nombre de su Patria entre homenajes de encendida devoción, aparece aquí creando una típica «payesa» del Ampurdán

Soberana animadora de un género de gloriosa tradición en nuestra vida escénica, que nace en los corrales clásicos y pone a los dramas de Calderón y de Lope un remate castizo y burlón; continuadora de aquellas grandes comediantas que sabían descalzarse el coturno de la tragedia para cantar con delicioso desenfado unas tonadillas y unas jácaras al final de la función, Raquel Meller ha sabido fundir en una sola espiritualidad las gracias antiguas de nuestra picaresca, el lirismo ardiente y patético de nuestro romántico XIX, que tantas veces evocó en finas estampas inolvidables, y, en fin, esa mezcla de grave dignidad y conmovedora ternura que le dicta su instinto dramático.

¿Quién, como ella, ha logrado conciliar las sales del epigrama con las lágrimas de la elegía? ¿Quién, como ella, une a la pureza de su voz inefable una atracción sexual tan irresistible?

Se habla de la voz mágica de Raquel; pero antes que el embrujo de su voz nos cautive, su sola presencia basta a seducirnos, pues nada más elocuente que sus ojos, ni más expresivo que sus brazos, y toda su persona diríase que aparece envuelta en una atmósfera feérica, irreal, tocada del encanto helénico de la *sofrosine*... Quizá sea este el secreto de su arte y la razón de su triunfo.

* * *

Cuando se compara el arte de Raquel con el de otras grandes artistas de su género, se dice por algunos que «no es español», pues hay quienes entronizan como español en el mundo «lo exclusivamente andaluz», y no conciben que pueda ser valenciano, aragonés o catalán. Ninguna, sin embargo, tan española como Raquel, que nunca localizó su arte, sino que buscó en todas las regiones de la vasta España inspiración para sus creaciones. Junto a una «charra» salmantina creó una «payesa» catalana; después de una «nesca» vasca, una mañica de su noble Aragón nativo... Y Galicia, y Valencia, y Andalucía... Y Madrid, el Madrid festivo de la calle de Alcalá, con su «violetera» inmarchitable, sonrisa y promesa del amor generoso de las nietas de las chisperas; y el Madrid trágico del día de San Eugenio, cuya estampa magnífica ha corrido todas las latitudes, nueva «Carmen» vivificada por Raquel...

También Raquel se ha sentido algunas veces andaluza. Vedla aquí con la bata de las «calorrís» y la guitarra...

La variedad de su arte encontró en la variedad de España los motivos de sus mejores éxitos. Y así pudo llevar a tierras extrañas una visión amplia y verdadera de la suya, sin los colorines de la pandereta meridional, y pasear por el mundo, con la gracia leve de su andar ingrávido y con la altiva dignidad de las ricas-hembras de Castilla, el nombre y el honor de España.

¡Loada seas tú, Raquel Meller, hija del pueblo, salida de tu aragonesa Tarazona, para conquistar París y para llenar el mundo todo con las resonancias de los ecos de tu nombre!...

Envuelta en un mantoncillo, ingenua y pícara, Raquel ha hecho triunfar en pleno París el espíritu chispero de aquellas madrileñas que vencieron con su coraje y con sus burlas a los granaderos de Napoleón

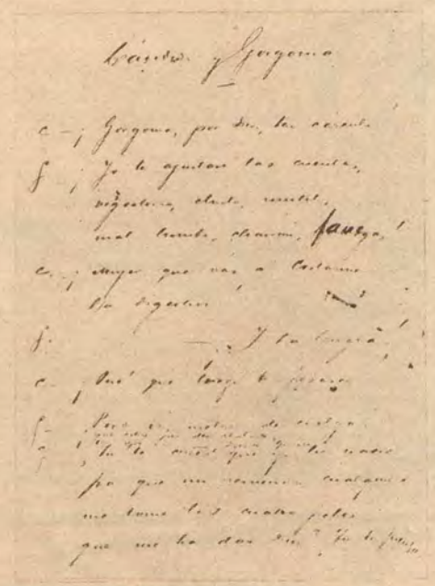
HEMEROTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

ESTRENOS FAMOSOS

«LA REVOLTOSA»

En el Teatro de Apolo, de Madrid, el 25 de Noviembre de 1897



Cuartilla autógrafa de José López Silva, del famoso sainete «La revoltosa»

COMENZABA a correr el año 1897. El maestro Chapí, López Silva y el padre de quien esto escribe acababan de obtener un legítimo éxito, en el Teatro de Apolo, con el estreno de su sainete lírico *Las bravías*. La experiencia y el gran instinto teatral de Chapí habían acertado al favorecer la colaboración de un poeta fino e inspirado, de selecta preparación literaria, como Carlos Fernández Shaw, y la de un intérprete del alma del pueblo madrileño, con sus dichos desgarrados y con sus donaires, como José López Silva. Y el asunto de *La fierecilla domada*, de Shakespeare, visto en popular por el uno, adquirió realidad madrileña al través de la picardía de buena ley del otro..., y la inspiración, en plena lozanía, del ya famoso autor de *La bruja*.

El caso es que el éxito de *Las bravías* hizo que don Enrique Arregui y don Luis Aruej —pontífices máximos de la entonces catedral del género chico, hoy Banco de Vizcaya—encargasen un nuevo sainete lírico a los mismos afortunados autores. Y he aquí a don José López Silva entrando una mañana del mes de Febrero del 97 en el pisito de la calle de Lagasca, donde entonces vivía su colaborador, y charlando un rato, «mientras Carlos salía», con la que fué durante muchos años la ejemplar compañera del poeta y es aun, para los que somos sus hijos, madre en la que se simbolizan todos los cariños y todas las abnegaciones.

Iba López Silva a hablar del nuevo sainete. Estaba ufano de la compenetración a que habían llegado en el trabajo mi padre y él, hasta el punto de que había trozos en *Las bravías*—otros, no—donde era difícil adivinar lo escrito por cada uno. El modo especial de expresarse los chulos de Madrid iba siendo dominado poco a poco por Fernández Shaw.

—Desengáñese usted, señora: es que le estoy enseñando a hablar.

No tardaron mucho ambos colaboradores en decidirse por el tono y la trama de la nueva obra. Tenían pensado hacía algún tiempo el tipo central de la mujer revoltosa «que trae revuelto el cotarro» de la casa de vecindad en donde vive. Pensaron que así como en *Las bravías* eran los celos los que movían a los personajes, fueran aquí los desdenes los que impulsaran sus actos. Y procuraron dar situaciones líricas al compositor, que tan deseoso estaba de hacer la obra madrileña con que soñaba.

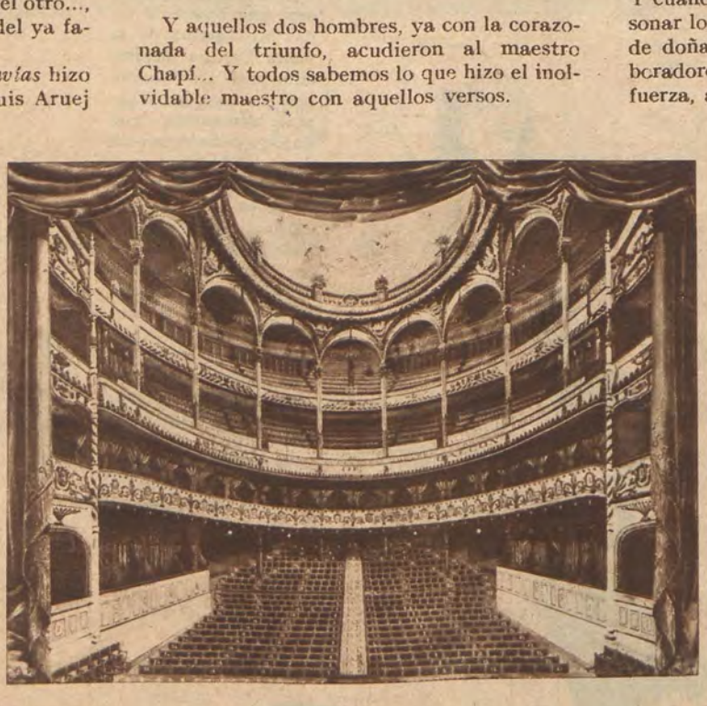
No tardó mucho en hacerse el libro... con sus cantables y todo, pues el maestro Chapí, enemigo del *monstruo*—o sea, del cantable hecho después de la música—, buscaba precisamente su inspiración en la gracia, en la belleza o en la emoción que el libretista le daba en sus versos.

Así nació la famosa frase del dúo de *La revoltosa*. Quería Chapí que fuese apasionada, garbosa, popular. Y una noche de aquella primavera fría y lluviosa, dos hombres—uno envolviendo sus patillas en los vuelos de su capa y otro embutido sencillamente en su abrigo—paseaban por la acera de la calle de Alcalá, ante el palacio de Casa Riera, silenciosos y pensativos, parándose algunas veces y dirigiendo de cuando en cuando miradas inquietas al frontero Teatro de Apolo, donde «en la cuarta» sección, se representaban *Las bravías*.

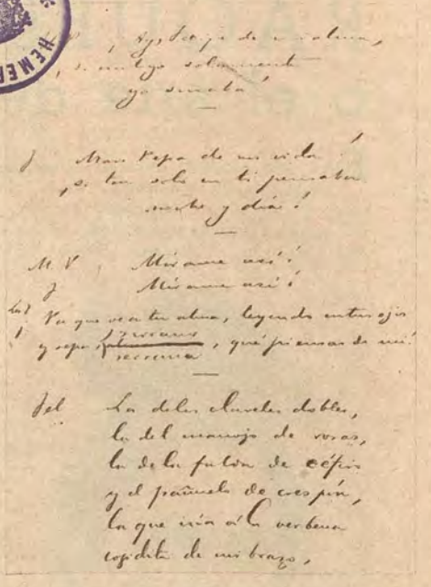
—¡Ya está!—dijo uno de ellos, los ojos iluminados por la alegría—. Está nada más que al comienzo, pero ya está:

La de los claveles dobles,
la del manojo de rosas,
la de la falda de céfiro
y el pañuelo de crespón...

Y aquellos dos hombres, ya con la corazonada del triunfo, acudieron al maestro Chapí... Y todos sabemos lo que hizo el inolvidable maestro con aquellos versos.



La sala del Teatro de Apolo, cuya desaparición nunca será bastante llorada, y en el cual fué estrenado el inmortal sainete «La revoltosa», de López Silva, Fernández Shaw y Ruperto Chapí



Cuartilla autógrafa de Carlos Fernández Shaw con un fragmento del célebre dúo de «La revoltosa»

Llegó el día del estreno, convenido de antemano para el mes de Noviembre. Para la nueva obra, Bussato y Amalio Fernández habían pintado una magnífica decoración. Tomaba parte en la interpretación lo mejor del cuadro artístico de Apolo. La expectación, en el público que llenaba la sala, era extraordinaria.

Nadie ignora que *La revoltosa* comienza con un magnífico preludio. Chapí—que no dirigía la orquesta, porque en aquel teatro confiaba siempre esta misión a don Narciso López, de su absoluta confianza—tenía plena conciencia de lo que habían hecho. Y cuando López Silva y Fernández Shaw, al sonar los timbres, se refugiaban en el cuarto de doña Pilar Vidal, tomó a sus dos colaboradores del brazo, los llevó con él, a viva fuerza, a la primera caja, y les dijo:

—¡Ca, hijos! Hoy no perdemos un minuto de la representación. Porque a lo que vamos a asistir, quizá no se repita en nuestra vida.

En efecto. Desde el preludio, acogido con frenética ovación y repetido por petición unánime, hasta los últimos versos y notas de *La revoltosa*, el estreno fué un continuado clamor. Triunfo enorme para los autores y no menos memorable para sus intérpretes: Isabel Brú, creadora insuperable del tipo de la protagonista; Luisa Campos, Pilar Vidal; don José Mesejo —que además de dar vida al señor Candelas, dirigió los ensayos y puso en escena la obra—; su hijo Emilio, inolvidable Felipe; Carreras, que sumó un nuevo acierto a los que le habían hecho popular; Sanjuán, Ontiveros, Manzano...

La crítica madrileña, al día siguiente, fué también unánime en la calurosa acogida.

Biblioteca Nacional de España

El maestro Chapí (1), Carlos Fernández Shaw (2) y José López Silva (3), con un amigo, en la época en que «La revoltosa» fué estrenada en Apolo

«Un éxito. ¡Un éxito! ¡UN EXITO!—escribía Pepe Laserna en *El Imparcial*—. Y todavía creo que, tipográficamente, me quedo corto para dar a *La revoltosa* los «caracteres» que merece.

El libro es una obra literaria, y con eso está dicho todo; porque hallar en estos tiempos y «por horas» literatura en el teatro, es ya el colmo de los hallazgos.

La música...

No me hagan ustedes a mí caso, y oigan a Saint-Saens:

—Esta es una ópera cómica que hubiera firmado Bizet muy a su gusto.

Así decía el ilustre autor de *Sansón y Dalila*, que asistió anoche a la representación, en compañía de Mancinelli, otro antiguo entusiasta de nuestro gran maestro.

El sainete tiene asunto suficiente y bien desarrollado; tipos reales, humanos, vividos; gracioso y natural el diálogo, fácil la versificación, cuadros pintorescos y escenas interesantes y hasta conmovedoras, realzadas y avalarodas por la musa de Chapí, que ha derramado en esta obra los raudales de su inspiración, manantial inagotable de lozanía, de pasión, de sentimiento, de gracia.»

Arimón, en *El Liberal*, decía:

«El triunfo que anoche obtuvo Chapí es de esos que el maestro no olvidará mientras exista.»

Y así todos los críticos. En Madrid se hizo *La revoltosa* varias centenares de representaciones seguidas. En provincias, donde logró rápidamente difusión y popularidad, se renovó el triunfo de Madrid. Después—todos lo sabemos—quedó de repertorio, y es, con su hermana mayor *La verbena de la Paloma*, el sainete que más simboliza el auge y la calidad del género chico de aquel tiempo.

He aquí el decorado de Bussato y Amalio con que se estrenó «La revoltosa»

CUARTILLA SUELTA

La copla de la Dolores
todo el mundo la cantó,
y entre tantos cantadores,
ni uno solo la creyó.

Esta es la bella copla, premiada en un concurso con que el generoso *A B C* rompió una lanza por la gentil mesonera de Calatayud: la Dolores.

Y no cabe duda que, entre tantos cantadores, el mejor, el mejor jotero, por decirlo al estilo de aquella tierra brava; el de mayor brío y donaire, el de voz más robusta y firme, como exige la jota, ha sido José Manuel de Acevedo, aragonés de sangre y de espíritu... y aun de cara y de tipo.

Y así, su drama *Lo que fué de la Dolores*, interesante epílogo del muy famoso de Feliú y Codina, mereció primero, al estrenarse en el Teatro Cómico, de Madrid, el aplauso vivo y caluroso del público, y obtuvo luego el galardón del premio Piquer, de la Academia Española.

Y después, con un vino de honor, amigos, compañeros y admiradores de Acevedo festejaron el sábado último, en el Círculo de Bellas Artes, el doble triunfo...

¿Qué le va a decir SALONCILLO al simpático y laureado escritor, al tomarse con él el «arranque», en Aragón; la «espuela», en Andalucía? Pues sólo esto, y con ligero acento baturro: «A trabajar, se ha dicho. ¡Salú, que no cansa!»

Para terminar, una observación: *La revoltosa* está siendo, para los sainteteros madrileños del día, motivo de feliz evocación. Luis de Vargas se acogió a su recuerdo para escribir su primorosa comedia popular *La de los claveles dobles*. Ahora, Carreño y Ramos de Castro han triunfado con *La del manojo de rosas*, dando ocasión al maestro Sorózabal para escribir una partitura rebosante de inspiración y madrileñismo. Si hay sainetero que se decida a escribir otra obra titulada *La de la falda de céfiro*, mi entrañable colaborador Federico Romero y yo—que hemos probado también, en la medida de nuestras fuerzas, nuestro cariño por Madrid—, prometemos intentar otro sainete: *El pañuelo de crespón*, que cierre, con su título, la frase afortunada del dúo famoso.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Isabel Brú, la gran tiple cuyos méritos para el género nadie superó, protagonista inigualada de «La revoltosa»

Las interesantes fotografías y los autógrafos que ilustran este artículo, han sido facilitados por el autor del mismo.

Una escena de "La casa de las tres muchachas"

Un episodio romántico de la vida de Franz Schubert, el glorioso compositor austríaco. Esta opereta ha recorrido en triunfo los principales escenarios de Europa. Ahora llega a España con la música de Schubert, adaptada por Pablo Sorozábal, y con un libro escrito en verso por José Tellaeche y Manuel de Góngora.

De la belleza de su diálogo da idea la escena que a continuación reproducimos. Schubert habla con varios de sus amigos de juventud:

HEMEROTECA NACIONAL

SCHUBERT

Hoy no diréis que estoy huraño.

SCHOBER

¡Siempre queremos así verte;
no convertido en ermitaño,
que la acritud de un desengaño
bebe en la cueva de la Muerte!

SCHUBERT

¡Si no soy triste, yo os lo juro!...
¡Si aquí en mi pecho todo canta!...
Mas la canción que en él maduro,
cuando a lanzarla me aventuro
se hace silencio en mi garganta.
¿Qué es lo que anhelo? ¡Ni yo, acaso,
decir pudiera lo que ansío!
¿Miedo a la espina del fracaso?...
¿Envidia?... ¡No! ¡Sé que mi vaso
es muy pequeño, pero es mío!
¿Qué pide el alma? No lo sabe;
es pavesilla y es centella;
agria parece y es suave...
La timidez tiene del ave
y los temblores de la estrella.
Ama los hombres y las cosas
y las fragancias femeninas...,
sin olvidar que son las rosas,
reinas, que tienen, orgullosas,
alabarderos, mas de espinas.
Y como tiene voz tan queda,
para poder oirse mejor,
busca el silencio, en donde pueda
cantar, igual que en la arboleda
suspira y canta el ruiseñor.
Un buen amigo, un ritmo alado,
un verso puro en que encender
el corazón desengañado
y—¡sueño nunca realizado!—,
una sonrisa de mujer.
Mi piano viejo, mis papeles,
y campo abierto al corazón...
¡Cuando la vida nos da hieles,
puede trocárselas en mieles
si es alquitara la ilusión!

SCHOBER

Acabarás perdiendo el juicio
si de sendero no varías.
¿Qué demoniaco maleficio
te ha hecho caer en el suplicio
de tan mortales agonías?
¡Que no te rinda ta flaqueza!
¡Que tu alma, terca, no porfíe
en dominar a tu cabeza!...
¡Llévese el viento tu tristeza,
y con nosotros bebe y ríe!

SCHUBERT

¡Tienes razón! Que si el destino,
con sus constantes esquiveces,
quiere estorbarme mi camino,
la sangre ardiente de este vino
al apurar hasta las heces,
ponga en mi pecho llamaradas
con que despierte a nueva vida,
para reirme a carcajadas
de las traidoras emboscadas
con que la vida me intimida.
Y pues jugué contra el destino
—¡harto lo sé!—mi corazón,
pago, prosigo mi camino,
y en las burbujas de este vino
busco desquite y redención.

Biblioteca Nacional de España

¡RIASE USTED!

MONÓLOGO

Por PEDRO MUÑOZ SECA

CONCHITA.—*(Una muchacha muy mona y muy elegante, en traje de calle.)*

¡Ay, qué disgustadísima vengo!... Porque yo creía que el dedicarse al teatro era una cosa sencilla. Que bastaba para ello con no ser demasiado fea, tener un poco de vocación, otro poco de desparpajo y hablar con limpieza, vamos sin tracubarse... ¡Ay!..., sin trascoberse... ¡Jesús!..., ¡sin *trabucarse*! Por eso, ahora que estoy de monos con Pepito Cueto, mi novio formal..., y digo mi novio formal porque... *(Maliciosamente y bajando la voz)* ¡¡tengo otro!!... Sí, señores, otro... Ahora, que este otro no es para mí más que un pasatiempo inocente. Tal vez ustedes le conozcan: un muchacho de cuota, morenillo accitunado, ojillos japoneses, que se llama Juanito Ramos... ¡Simpatiquísimo!... Le llevó a casa Cueto, mi novio formal, con el fin de distraerle un poco, porque el pobrecillo había sufrido un grave desengaño amoroso. Hablamos..., me regaló una flor..., bailamos..., baila muy bien...; simpatizamos, y aprovechando una distracción de Cueto me contó su cuita... ¡Infeliz! *(Conmovida.)* Me dió tanta lástima, que para alegrarle un poco la vida... le dije que sí y nos pusimos en relaciones... Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo. Porque es que al pobre le había ocurrido una verdadera tragedia. Verán ustedes... Él tenía una novia, una de las chicas de Machuca. La había conocido una mañana en una zapatería. Se estaba él comprando unos zapatos; ella, a su lado, estaba probándose unas botas, y lo que ocurre... *(Mimosa y coqueta.)*

—¡Ay, por Dios, zapatero, que éstas me aprietan muchísimo!...

—¡Pues es su número!

—Además, no me hacen el pie bonito... ¿Verdad, mademoiselle?... Y venga un remangadito, y venga adelantar el pie y oscilarlo y mirar de reojo, como diciendo: «A ver a quién «epato» con la pata...» Sáqueme usted otro par, haga el favor; que sean finos de tobillo, como éste, porque yo tengo el tobillo finísimo, pero que ensanchen más de caña, porque, mire usted, es que a mí la pierna, por arriba, me ensancha bastante... Y vuelta con el remangadito... Total, que el pobre Ramos picó, se encandiló y al domingo siguiente, que fué, por cierto, Domingo de Ramos, se pusieron en relaciones. Pero ¡lo que son las mujeres!... Parece mentira que las haya tan ligeras, tan falsas... A los dos meses le dijo ella que tenían que terminar, porque iba a meterse en un convento de Aravaca; y lo que hizo la de Machuca fué marcharse a Tampico con Quico Aroca, un muchacho de Ateca, criado en Caracas... *(Conmovida.)* ¡Lo que lloraba al contarme su desgracia! Claro, yo, como no soy como las demás, ¿cómo iba a negarme?... Bueno, hubo que ver la cara que puso Cueto cuando yo, casi llorando, le conté la cuota de cuita..., la cuita del Cueto... ¡Ay, Jesús, cómo estoy!... Y como Cueto estaba algo celoso, porque aquello del baile y de la flor le había olido a *flirt*, pues al notar que yo me interesaba por el muchacho, me dijo destempladamente una inconveniencia; yo le contesté otra, fuertecita; él me tiró un libro a la cabeza; yo le tiré un sifón que tenía a manos; él me arrojó entonces una silla, que, por cierto, rompió una lámpara y un espejo, y..., vaya, estamos de monos. Y aprovechando esta «monería», como yo tengo que pensar en el porvenir, pues decidí dedicarme al teatro. Hablé con Bargueño, ese poeta tan triste, que está de tenedor de libros en «La Pompa Gárrula», la funeraria de ahí al lado; le pedí una carta de recomendación para don Arturo Soriano, el empresario, y como a Soriano no es fácil verle en Madrid los domingos, porque los domingos los pasa en una quinta que tiene en Pozuelo, donde descansa de lo que él cree que ha trabajado durante la semana, pues tomé un *taxi* y me fuí a la quinta. Esto de la quinta se le ocurrió al de cuota. Llegué, llamé, entré, me recibió en pleno jardín, le expuse mi deseo de ser cómica, y va y me pregunta:

—¿Usted es sindicalista?

—¡Ay, no, señor, que me registren!...

—Digo si pertenece usted al Sindicato de Actores.

—No, señor. Si yo no he trabajado nunca.

—Pues hija mía de mi alma, cae usted como de la luna. Mire usted, para ser actriz es necesario actuar primero de meritoria en cualquier teatro durante seis meses; luego, sindicarse, y luego, tener la suerte de ser contratada.

—¡Ay! Pues admítame usted de meritoria...

—Pues vamos a ver si sirve usted.

—Sí, señor; vamos a verlo.

—Recite usted algún verso.

—¿Yo?

—Naturalmente.

—Si no recuerdo ninguno.

—Haga usted memoria. ¡Vamos!

Yo me azaro, me pongo nerviosa y voy y le digo estúpidamente:

«Venid y vamos todos—con flores a porfía,
con flores a María,—que Madre nuestra es...»

Y me puso una cara como diciendo: «¡Vaya, esta es la tonta de la pandereta!...»

—¡Ay, ay, ay!... Vamos, mujer, lea usted, a ver cómo entona leyendo...

Y me dió un librito que estaba allí tirado junto a una mata... Cogí el libro, y era precisamente un libro de Mata... Este, porque, sin saber cómo, me lo he traído... Lo abrí, por aquí..., eso es, por aquí, y empecé a leer, bastante nerviosa... *(Lee.)* «El pobre anciano había caído junto al riel», y yo, en vez de riel, dije rail; pero, claro, le dije: «Mire usted, lo mismo da rail que riel.»

—Continúe usted.

—Sí, señor. Y sigo yo leyendo: «Junto al rail, digo riel... La luz del sol cegaba a cuantos contemplaban aquel triste cuadro. A poco llegó la mujer del guarda, que traía al pobre anciano un candil...»

—Señorita, no dice candil, sino candiel; y será lo mismo riel que rail, pero no es lo mismo candil que candiel...

Bueno, me puse de nerviosa que ya no podía leer... El lo comprendió, y va y me dice:

—Deje la lectura y ríase.

—¿Cómo?

—Que se ría usted.

—¿De qué?

—De nada; que se ría.

—Pero, ¿cómo me voy a reír, si lo que tengo son ganas de llorar? *(Casi llorando.)* Si lo que me está sucediendo...

—Vamos, vamos, ríase usted. En el teatro, cuando el papel lo exige, la actriz tiene que reír, aunque no tenga ganas.

—Sí, señor; sí, señor. *(Riendo muy mal.)* ¡Ja, ja, ja!...

—¡Jesús!...

—*(Cada vez peor.)* ¡Ja, ja, ja, ja!...

—¡Por Dios, señorita!...

—*(Lloriqueando.)* Ahora, ahora: verá usted ahora... Y con las lágrimas que se me caían, hago: ¡Ja, ja, ja, ja!... *(Llorando.)* Parecía que estaba haciendo gárgaras!

—Nada, nada; usted no sirve; usted no sabe reírse.

—Le advierto a usted, señor Soriano, que yo, cuando veo u oigo algo gracioso, rompo a reír y me llevo riendo veinte minutos. Me temen, cuando me río, me temen; porque mi risa viene a ser así como una enfermedad nerviosa.

—Pues acuérdese de algo gracioso, y veamos.

—Sí, señor.

Y comencé a pensar en una tía que yo tengo en el Perú, en Pucupupu, que está casada con un sastre, un hombre muy cursi, que escribió el año pasado una comedia. Y a mí me hizo gracia el que... *(Ríe)* el que en una acotación de la obra había escrito: «Vase este personaje por el «forro»; porque él, al foro, le llama forro. ¡Como es sastre! *(Ríe.)* Bueno, pues me acordaba de esto, y no me reía ni por el forro. Atribuladísima, me puse de pie para marcharme, convencida de que no servía para ser cómica, cuando oímos pasos en el jardín. Yo, que estaba cerca de una de las avenidas, vi que se acercaban los encargados del cuido de la quinta, un viejecito y una anciana, los mismos que me habían abierto a mí la puerta... vamos, los encargados de la quinta...

—¿Quién es?..., me preguntó Soriano.

Y yo contesté inocentemente: «Son los quinteros...» El salto que pegó!...

—¡Los Quinteros aquí!... ¡Qué alegría!... ¡Eso es que me traen la comedia!...

Y salió corriendo y gritando:

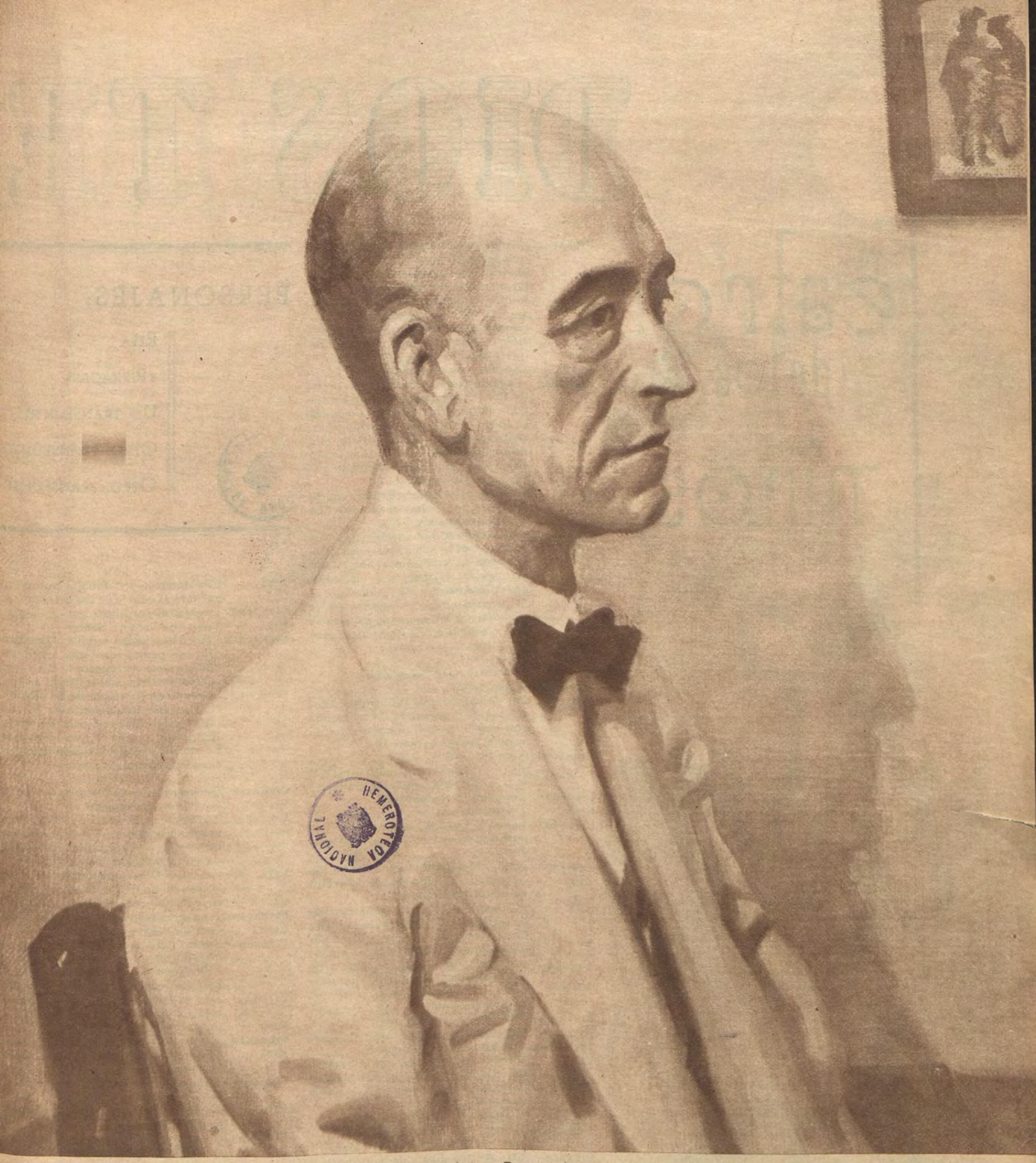
—¡Por aquí, don Serafín!...

Bueno, la plancha fué de las que... *(Ríe.)* Porque, claro, él creyó... ¡Ja, ja, ja!... *(Ríe cada vez más nerviosamente.)* Y cuando vió que... ¡Ja, ja, ja, ja!... Por eso volvió lívido y me dijo... *(Ya no puede hablar de risa.)* Niña... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¿A usted nadie la ha mandado... ¡Ja, ja, ja, ja!... nadie la ha mandado a Madrid?... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Pues vaya usted a... Madrid! ¡Ja, ja, ja!... Y yo muy apurada... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡La cara que yo tendría!... ¡Ja, ja ja, ja!... *(Loca ya de risa.)* ¡Ay, ya me entró el ataque!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ya me entró!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Veinte minutos!... ¡Ja, ja, ja, ja!... Ahora mismo cojo un *taxi*... ¡Ja, ja, ja!... Y con el achaque de devolverle el libro... ¡Ja, ja, ja, ja!... El libro del candil y del candiel... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡¡A mí me ve reír!!... *(Vase riendo como loca.)*

N. del A.—Este monólogo lo regala su autor al Montepío de Actores, y a él corresponden, por consiguiente, todos los derechos que devenga. Ya lo saben los actores jóvenes que sepan reír.

HEMEROTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España



TRIUNFADORES

MANUEL DE FALLA

La Sociedad de Autores Dramáticos ha nombrado, con singular acierto, socios «honoris causa» a don Miguel de Unamuno y a don Manuel de Falla. El augusto pensador vasco es hombre en España de todos los días y de todas las horas: todavía resuenan en el aire los vítores recientes de la Salamanca de oro. Manuel de Falla, el gaditano insigne, tan admirado, aun no ha recibido, en horas solemnes, el aplauso fervoroso y unánime de sus compatriotas. ¿Cuándo será ello? SALONCILLO apenas ha nacido y, por tanto, no tiene, ni acaso en su modestia ha de tener nunca, autoridad ni prestigio para decirlo. Pero Falla ha conseguido entre nosotros legión de devotos, selectos y entusiastas, para los cuales es un alto deber el de popularizar en España, con reverencia y acatamiento vivos y conscientes, un nombre ya famoso en el mundo. La música del autor de la «Danza del fuego» es honda y penetrante, de repercusiones misteriosas, y lleva en sí como un delicioso y sensual perfume, embeleso de los sentidos, que una vez que se aspira con fuerza perdura ya en las propias raíces de nuestro ser. La música de Falla nos subyuga de pronto con no esperadas ni presentidas caricias de vibraciones y relámpagos espirituales, de inefables sugestiones de un más allá, de un algo que se levanta de la tierra sobre nuestras frentes humanas, y nos hace dichosos del modo más puro y nos lleva a bendecir el Arte.

Bien hayan y bien vengan las nobles hojas de laurel que los Dramáticos españoles acaban de ofrecerle a Manuel de Falla. SALONCILLO se suma al justo y cordial homenaje, honrándose en su primera salida con la publicación del magno retrato del peregrino compositor, que figura en la «Hispanic Society of America»—con cuya cortesía contamos para publicarlo—, debido al vigoroso pincel de López Mezquita, el pintor que nació maestro.

Biblioteca Nacional de España

DIOS TE AMPARE

Teatro de los niños

Entremés en prosa

por Antonio Ramos Martín

PERSONAJES:

RITA

«PIRRACAS»

UN TRANSEÚNTE

OTRO TRANSEÚNTE

OTRO TRANSEÚNTE

Una calle cualquiera de Madrid, pues lo que va a ocurrir en ella sucede en todas las de la Villa desde hace algún tiempo, por no decir que acontece desde los remotos de Magerit.

PIRRACAS, *golfillo de limpio abolengo, y con sus buenos nueve años, se dedica a la productiva tarea de pedir limosna. Seguramente le conocéis: en las escaleras del «Metro», ante los estancos, junto a las taquillas de los teatros..., es decir, en todas partes donde se entra con la mano en el bolsillo de los cuartos, allí está nuestro protagonista. Al empezar la accioncita de esta obra (no me gusta decir pequeña acción)* PIRRACAS *tiene cara de mal humor; se ve que no se le da bien el día.*

PIRRACAS. ¡Leñe, vaya una mañanita! Parece que se ha terminao la calderilla en Madrid. Tóos me dicen lo mismo: no llevo suelto. Miá no tuvieran suelto lo que yo dijera... *(Pasa* UN TRANSEÚNTE, *y* PIRRACAS *se dirige a él, diciéndole con el tono más plañidero posible:)* ¡Una limosnita pa mi padre, que está enfermo!...

TRANS. ¡No llevo suelto, niño! *(Vase.)*

PIRRACAS. ¡Pues desátelo usté! ¡Miá qué porra de tío! ¡Y cualquiera va hoy a casa con cuatro perras gordas! *(Contando el dinero.)* Ná; y que no paren. Cuarenta céntimos justos. *(Pasa otro transeúnte y a él se dirige* PIRRACAS.) ¡Una limosnita pa mi pobrecito padre, que está enfermo!

TRANS. ¡Pues que se alivie! ¡Rediez, con la epidemia que se ha cebado este año en vuestros papás!

PIRRACAS. ¡Qué gracioso! Este gachó sí que tié suelto... por lo menos la lengua. ¡Releñe con la mañanita! *(Sale* RITA, *distinguido personaje, de la edad, aproximadamente, de* PIRRACAS. *A la primera ojeada se advierte que la chiquilla no milita en la golferancia del mendiguito. Es una niña artesana, limpia y vivaracha.)*

PIRRACAS. ¡Rita!

RITA. ¡Pirracas! ¿Qué haces aquí?

PIRRACAS. Trabajando.

RITA. Me dejas atontá. ¿Tú trabajando? ¿Y a quién has salido de tu familia con esas aficiones? Porque a mí, la verdad, no me se alcanza...

PIRRACAS. Vete tú a saber...

RITA. Eso es que has dao el salto atrás. ¡Y vaya salto! Oye: ¿y en qué trabajas?

PIRRACAS. Pues aquí estoy pidiendo.

RITA. ¿Pidiendo qué?

PIRRACAS. Pidiendo limosna, so lila.

RITA. ¡Miá que tiés lacha! ¿Y no te da vergüenza?

PIRRACAS. A mí, ¿de qué? Si esto lo hace ya tóo el mundo. Yo pido pa mi pobrecito padre, que está parao.

RITA. ¿Pero es que tu padre se ha movido en su vida?... Mala vergüenza podía darte verte así a tu edad, que ya podías estar de aprendiz en un taller, o de *botones* en una oficina, o de chico en una peluquería quitando pelos a los parroquianos, si es que te tira la finura.

PIRRACAS. Miá que eres refraxtaria...

RITA. Oye, ¿qué es eso tan raro?

PIRRACAS. Que no vas con el pogreso.

RITA. Pues si pogreso es lo que tú haces, yo, hijo, me quedo en Antón Martín.

PIRRACAS. Tú no sabes lo bien que nos va desde que nos hemos echao a esto.

RITA. Y tu padre, ¿qué hace?

PIRRACAS. Pide pa mi madre, que está baldá.

RITA. ¿Pero es verdad que está baldá?

PIRRACAS. No, mujer; digo, algunos días, sí que la balda mi padre; pero de otro modo. Tú me comprendes... Eso que ahora ya eso se ha modificao mucho; desde que nos hemos dedicao a la mendicidá, como entra más dinero en casa, hay mejor humor, y como en vez de judías comemos filetes, pues tóos estamos más contentos...

RITA. Vamos, que unas chuletas han servido pa que se acaben las otras. ¿Tu madre pide también?

PIRRACAS. No puede: como la infeliz está de tan buen año, quiero decir, que como está alrededor de los noventa kilos, nadie la cree que está sin comer... Lo más, lo más, que ha terminao de hacer la digestión.

RITA. Ella también tié trabajo, porque se quedará al cuidao de tus hermanitos.

PIRRACAS. ¿De qué hermanitos?...

RITA. Toma, de los que tienes.

PIRRACAS. Pero si esos piden también. Dos van con mi padre, con una escrófula imitá que mete miedo, y los otros cuatro van, con su trajecito negro, haciendo de güerfanos de un albañil, con la señá Romualda, que los tié tóo el santo día sentaos al sol en la Ronda de Atocha y que luego nos da el veinticinco por ciento de la recaudación bruta.

RITA. Oye, tú, ¿quién es bruta?

PIRRACAS. Quiero decir el veinticinco del total.

RITA. Oye, ¿y eso es mucho?

PIRRACAS. Tú calcula. De lo que saca hace veinticinco partes; ella se queda con veinticuatro y a nosotros, al volver a casa, nos da una y los chicos.

RITA. Gracias a Dios que me he enterao de lo que es eso de los cientos; era una cosa que no me cabía en la cabeza.

PIRRACAS. Porque no te lo habían explicao bien.

RITA. Oye ¿y sacáis mucho?

PIRRACAS. Según; pero puedes calcular que un día con otro, entre tóos, incluyendo a los peques y descontando la mantención de ellos, que, como es natural, se saca del veinticinco, puedes calcular unas diez y seis pesetas.

RITA. ¡Vaya jornal!

PIRRACAS. Es que somos ocho a ganarlo.

RITA. Sí que sois un poblemita pa acabar con la mendicidá...

PIRRACAS. De algo hay que vivir: tóos no tenemos la suerte de tu familia.

RITA. Es que tú llamas suerte a tener vergüenza.

PIRRACAS. Es que yo llamo suerte a que nunca os ha faltao vuestro buen puchero, un colchón pa echarse, ni una manta pa taparse.

RITA. Es que tu padre se ha bebido toda la borra que hay en Madrid; y tu madre, la baldá, más de una vez se ha visto imposibilitá... porque tóo le daba vueltas...

PIRRACAS. Tú no puedes hablar. Tu agüela, de despalilladora en la fábrica, con tres pesetas, na más que por pasar de la puerta pa dentro, y luego lo que se saque del destajo; tu madre, de capataza, con otro jornal muy decentito...

RITA. Y yo, que en cuanto tenga la edad, ya me tiés enredá con el tabaco...

PIRRACAS. Oye, fea; ¿y antes no piensas enredarte con nada?

RITA. No, feo; ni con nada, ni con nie...

PIRRACAS. Miá que eres refraxtaria, vuelvo a decirte.

RITA. Pues si refraxtaria es también eso, ahora me quedo en Sol.

PIRRACAS. Eso me has parecido a mí siempre: un sol. Dende que era pequeño. Y pensando siempre en pedirte relaciones y sin atreverme.

RITA. ¡Ay, qué gracia! ¡Qué chico más corto!

PIRRACAS. Por éstas que he estao más de mil veces tentao de decirte: Rita, ¿quieres ser mi novia?

RITA. ¡Pues sí que había yo hecho las diez de últimas! ¡Con el arrimo que tenéis al trabajo tóos los de tu apellido, me ponía en relaciones contigo, es un suponer; me casaba contigo, es otro suponer, y al mes de casao te quedabas en casa diciendo: ¡Que trabaje Rita!... Y como Rita da la casualidad que soy yo, pues no me convenía. En mi casa no hemos visto más que gente que trabaja. Como has dicho muy bien, mi agüela, despalilladora; mi madre, capataza, y yo, dentro de cuatro o cinco años, operaria. ¿Qué fué tu agüela?

PIRRACAS. Que yo sepa, madre de mi madre, y mi madre..., pues madre de siete chicos.

RITA. Que son, como siete cuentas corrientes puestas en mitá de la calle.

PIRRACAS. Bueno, pues ya que ha salido la conversación, te pregunto: ¿yo te gusto a ti?

RITA. Hombre..., la verdad: tienes unos ojos muy bonitos... Tienes una boca muy graciosa; tienes una figurita muy fina; tienes labia, eso no puede negarse; tienes simpatía; eres tóo lo vivo que hace falta; sabrías ganarte una peseta si te diera la gana, porque talento también te ha dao Dios...

PIRRACAS. Vamos, que te parezco un partido muy decentito.

RITA. Mira, de decencia y de vergüenza no hemos hablao entodavía.

PIRRACAS. Ni falta que hace; si quieres, lo pasamos por alto. Porque si soy agradable de cara, tengo labia, soy simpático, vivo, listo y con caletre, ¿qué más puede pedir una chica, vamos a ver?

RITA. Pues que dentro de todas esas cosas haya un hombre pa mañana. Y yo a ti, ¿qué te parezco?

PIRRACAS. ¿Tú a mí? Verás lo que me pareces: ¿De los ojos? Ni hablar. ¿De la boca? No hay que decir ná. ¿De las naricillas? Hay que verlas. ¿Del pelo? Ni mentarlo. ¿Del cuerpo? No digamos. ¿De los andares? Ahí están. ¿De la simpatía? Pa qué. ¿De la gracia? Ahí la tienes. Y de la educación, la caraba.

RITA. Pues sí que me has enterao. ¿Y no me encuentras ná más?

PIRRACAS. Sí; un defecto.

RITA. ¿Cuál?

PIRRACAS. ¡Refraxtaria!

RITA. Pero, ¿me quiés decir de una vez qué es eso de refraxtaria?...

PIRRACAS. Que estás muy atrasá; que piensas como tu agüela la despalilladora.

RITA. ¡Ah, vamos: una cosa así como arrimá a la cola! Y ya que antes me has mentao la decencia, voy a decirte que no puedo darte ni tanto así de esperanzas hasta que dejes esta vida, que es, pa mí, peor que la de los golfos más tiraos, y te arrimes a un taller cualquiera, o a una fábrica, y ganes tres reales, por lo menos; ya ves que es bien poco lo que pido: setenta y cinco céntimos. Cuando no seas por tu gusto, y por la vagancia que has heredao de tus papás, pobre de solenidá.

PIRRACAS. ¡Vaya pico que tienes, Ritilla!

RITA. Hay que ser hombre, Pirracas; pero hombre cabal: que lo más feo de este mundo es un hombre embustero y trapalón. Y tú te pasas tóo el santo día engañando a la gente con esa monserga de: «Pa mi pobrecito padre, que está enfermo»... Y miá no te castigue Dios y te se enferme de verdad y te se muera, y entonces... Digo, entonces ibas a estar mejor que ahora, conque... eso no es castigo.

PIRRACAS. Ole con ole y con ole. ¡Que me se caiga la lengua si vuelvo a echar una mentira! ¿Te gustan los hombres que llevan siempre la verdad en la boca? Pues así seré. Y se acabó el pedir, y se acabó el mentir, y se acabó... *(Pasa un transeúnte, y como un rayo se dirige a él* PIRRACAS, *con el sonsonete de siempre.)* ¡Una limosnita, pa mi pobrecito padre, que está en cama!

TRANS. Dios te ampare. *(Vase.)*

RITA. ¡Lo ves, Pirracas!...

PIRRACAS. Si ahora no he mentido: si cuando he salido de casa no se había levantao entodavía.

RITA. Te perdono, porque tienes gracia, porque sé que no vas a volver a hacer lo que no me gusta, y porque... porque te quiero, Pirracas... ¿Me juras que no vas a volver a pedir más limosna?

PIRRACAS. Te lo juro por... Aguarda, que aquel gachó que se baja del *auto* siempre me da dos reales y me pregunta por la salú de mi padre. *(Vase corriendo.* RITA *se queda mirándole y sin saber qué hacer: si esperar o marcharse, si reír o llorar. Mira tristemente hacia el sitio por donde salió* PIRRACAS.*)*

RITA. Es inútil insistir;
éste no atiende a razones.
Por costumbre de pedir,
me ha pedido relaciones.
Si me se acerca otra vez,
le diré que se separe...
A novios de este jaez
hay que decir: ¡Dios te ampare!

TELÓN

Biblioteca Nacional de España

pantalla

Al Cinematógrafo lo considera SALONCILLO como un aliado de la escena.

La pantalla extranjera tiene entre nosotros—españoles al fin—muy poderosos valedores, intereses creados que la amparan y la defienden, la previa estimación del público y la indirecta protección del Estado, que al no hacer nada por el cine español, ayuda más que nadie a las producciones de otros países, sean buenas o malas. La pantalla española, en cambio, la pobrecita pantalla española, sólo cuenta con exaltados defensores románticos que la animan y alientan, ilusionados con su porvenir. SALONCILLO, que comienza su vida en el centenario del Romanticismo, se une con encendido entusiasmo a ellos. En estas columnas, en esta página, al menos por ahora, se tratará muy preferentemente de la producción nacional, y no, en verdad, por desdén cerril a la extranjera, sino por necesidad de la nuestra; se tratará, repetimos, de lo que se haga en casa, en los Estudios españoles, por nuestros autores, por nuestros directores de películas, con la colaboración de nuestras actrices y de nuestros actores. ¡Valga por lo que valga!

A ver si dando más y más recios martillazos en el mismo yunque, con los mismos tenaces martillos y con igual monótono son, salta alguna chispa dichosa y llega a un Ministerio.

Ana Sten y Frederic March en la adaptación cinematográfica de la célebre obra de Tolstoi «Resurrección»

Cinema BILBAO

Teléfono 30796

Sigue el éxito grandioso de

LA MUJER CONSTANTE

(Distribuída por SAGE)

por

Leila Hyams y Conrad Nagel

HEMEROTECA NACIONAL

PANORAMICA

Confidencias del Cine español

SALONCILLO tiene también su tertulia cinematográfica. El nuevo arte—aunque otra cosa opinen los mosqueteros de un cinema demasiado arisco—ha encontrado acogida cordial, llena de emoción e interés, entre los caballeros del teatro, es decir, de la poesía.

Llegó el joven, receloso, con un airecillo de suficiencia—Señor, pecado de juventud—y una sonrisa irónica temblándole en los labios y dispuesta a cabalgar en un apóstrofe. «No me comprenderán—pensaba—. ¡Estos literatos...!»

Pero los ojos de los literatos son agudos; penetran en las almas y las someten a disección. Por eso los literatos suelen sentir una gran tristeza. ¡Ven tantas cosas! Y lo que vieron en el cine no fué la sonrisa irónica y el airecillo petulante, sino su espíritu, su noble ambición, sus inquietudes y su porvenir. Detrás de Narciso descubrieron al héroe.

Y lo acogieron fraternalmente. Sin humillarlo ni humillarse con excesivos elogios. «Siéntese a nuestro lado—le dijeron—. Todos somos unos; trabajamos por la belleza y sentimos el mismo afán. La creación poética nos une.»

Así es cómo ha entrado Su Juventud el Cine en la tertulia de SALONCILLO.

o

—¿Cómo le va en España?—inquiere, afectuoso, un viejo autor, cargado de laureles... y reumatismo.

—¡Pchs!—responde displicente el Cine—. Me estoy orientando. ¡Este país!... ¿Sabe usted que se me niega la confianza si visto a la española? ¡A mí! ¡A mí, que he conquistado el mundo vestido de *cow-boy!*

—Es que todavía—interviene una damisela—no ha lucido usted el verdadero traje español que, perdone, ha de llevar más de estilo que de apariencia.

—Bien, señorita; pero eso, en todo caso, será culpa de los sastres, y no mía.

—Sin duda... («¡Qué vanidoso!—piensa para sí la señorita—. Y el caso es que no está mal...»—sigue pensando.)

—Hombre—tercia un vejete, después de aspirar un polvo de rapé—, no debe usted quejarse. Casi acaba de llegar, y ya, si no setenta y dos, como el burlador sevillano, puede usted apuntarse varias conquistas en España.

—Es que yo estoy acostumbrado a conquistar siempre.

—¡Qué horror!—suspira la damisela.

—Y aquí—prosigue el Cine—, cuando menos lo espero, me desairan. Ahora, precisamente, acaban de hacerme una jugada... dos. ¡Son dos las damas que me han desairado! No quiero ni acordarme del nombre de ellas. Mucha coquetería de publicidad, muchos trapitos de celuloide, y luego, ¡ah, traidoras!, ni siquiera un fotograma cariñoso. Ya saben ustedes que a las prendas de amor les llamo fotogramas.

—Pero, señor Cinema, es usted muy susceptible. Piense que al mejor tirador se le escapa una pieza. En vez de afligirnos con desdenes e incomprensiones de película sin gusto ni discreción—porque no los tienen, cuando le desairan—, cuéntenos sus victorias.

—Temo parecer vanidoso—advierte el Cine, aludiendo discretamente a la damisela.

—No, no; por mí, puede contar sus aventuras. Siempre, claro—añade ruborosa—, que no... profundice mucho.

—Señorita, por Dios, no hay cuidado.

—¡A ver! ¡A ver!

(Se estrecha el corro. Al vejete le brillan los ojuelos. Estornuda: «¡Aschits! ¡Aschits!» Es el rapé.)

—Pues, señor...—comienza, pavoneándose, el Cine—. El año pasado, por no remontarme mucho, conocí a una *Doña Francisquita*, otoñal, remozada, que supo hacer mis delicias; sobre todo en el baile de Cuchilleros. ¡Qué garbo, qué brío, qué temple de película, digo de mujer! Le debo ratos inolvidables. Sin embargo, era demasiado filarmónica, le gustaban mucho los dúos y romanzas interminables, y además se había germanizado un poco. Pero, en fin, me trató bien, y le estoy agradecido. Por aquel tiempo me enamoré de una chiquilla traviesa, desenfadada y graciosa, llena de lunares que le agraciaban el rostro y con la voz un poco insegura. Me la presentó Florián Rey. Tenía un nombre subversivo: *El novio de mamá*. ¡Qué chiquilla! A mí me hizo mucha gracia.

La dejé, para enamorarme de un preso. No se asusten ni me juzguen a la ligera. Me refiero a una película que tenía por alias *Se ha fugado un preso*. Era hija de Benito Perojo; sí, señores: el padre afortunado de *Susana tiene un secreto*. En confianza: cortejé a las dos hermanas, y las dos me trataron como es debido. Mejor el preso que Susana.

Biblioteca Nacional de España

FIGARO

EXITO CRECIENTE

La superproducción Warner Bross-First National

EL GUAPO

La obra más dinámica y cinematográfica que ha salido de Hollywood

EL GUAPO

DIVIERTE :: EMOCIONA :: INTRIGA

Consagración definitiva de

JAMES CAGNEY

como actor insuperable

El mismo día que conocí a *Doña Francisquita* empecé a hacer números por una chavala... No asustarse: mi corazón tiene más celdas que un panal. Por una chavala, digo, de solera quinteriana, que los niños de Utrera entregaron a Eusebio Fernández Ardavín, para que la presentara en el mundo del celuloide. ¡Vaya mujer! *Agua en el suelo* se llamaba. La vi. Y como soy un sentimental incorregible, empecé a cantar por lo bajo esta coplilla, adaptada a las circunstancias:

No me quiere nadie...
Con que me quiera Maruchita Fresno,
tengo yo bastante.

La niña, en honor a la verdad, hablaba demasiado bien: casi como en una comedia. Eso me azora un poco. Ya saben ustedes que yo nací mudo. En fin, me quitó muchas penas y me fué enseñando a mirar el paisaje español. Aunque dicen por ahí... Bueno, también dicen algunos amigos míos que debo seguir tartamudo, porque los literatos... ¡Huy, si ustedes oyeran lo que me cuentan de los literatos! ¿No vieron el recelo con que entré aquí?

Tuve otras aventurillas, en que me vi complicado agradablemente, no lo niego, no soy hipócrita, con *Una morena y una rubia* y *Dos mujeres y un Don Juan*.

—¡Y luego se quejaba!

—Déjele que acabe; no interrumpa.

—Por no ser prolijo, cosa que me va muy mal, doy un salto de cámara y vengo a mis últimas aventuras en España. *¡ Peccavi, dómine, peccavi !* Mi primer devaneo ha sido con una monjita. Menos mal que no había profesado. O sea, que no era monjita, aunque estaba en un convento. Perdonen la incongruencia; el amor turba los sentidos. Sin pecar de hereje, puedo asegurarles que he flirteado estos días con *La hermana San Sulpicio*, y que ella no anduvo melindrosa conmigo.

Pero mi gran pasión y la más reciente—¡qué saltos da uno, Señor!—ha sido una molinera. *La traviesa molinera*. Todo un idilio, y no rebajo un punto. Todavía tengo miel en los labios; sólo que—¡ay, no hay dicha completa!—esa miel está un poco afrancesada. Y yo soy un purista. Vaya, no quiero mentir: no tengo nada de purista. En América y en todas partes, mis mejores éxitos son una especie de *cock-tail* con elementos internacionales.

Y aquí llega mi historia en la patria de Don Juan. ¿Qué les p rece?

—Que se acerca más a la de Don Luis que a la de Don Juan—observa insidiosa la damisela.

—Pues a mí—confiesa el vejete—me parece alentadora. Animo, joven; de usted es el mundo.

Una divertida escena de «Patricio miró a una estrella»

Y el Cinema, un poco picado por la insidia de la señorita, concluye sibilítico:

—El mundo es mío, sí, señores. Y España lo será también; porque en España hay mimbres.

ANTONIO GUZMAN

OPERA

Sigue triunfando todos los días

CATALINA BARCENA

en

La ciudad de cartón

Rosine Dereán, protagonista de «El lago de las damas», en una sugestiva «pose» fotográfica

«Guillermo Tell» será presentada por Filmófono en la pantalla madrileña dentro de breve plazo. En esta foto aparecen los protagonistas de este grandioso film en una de sus escenas

FILMÓFONO presenta hoy jueves

... el momento inefable en que despiertan los sentidos...
... un film realista, poético, fascinador, hecho con el gusto más depurado...

EL LAGO DE LAS DAMAS

en el suntuoso CAPITOL

Biblioteca Nacional de España

CÓMICO

MAÑANA VIERNES, a las diez y media de la noche,

ESTRENO

de la comedia en tres actos

la risa

HEMEROTECA NACIONAL

original de

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

para

PRESENTACION DE LA COMPAÑIA

de la ilustre actriz

CARMEN DIAZ

TALLERES DE PRENSA GRAFICA, S. A., HERMOSILLA, 73, MADRID

Biblioteca Nacional de España